LA MUERTE NO MATA

Lo que nos espera al final
del oscuro túnel de la muerte

Arcadio Sierra Díaz

La muerte no mata - Lo que nos espera al final del oscuro túnel de la muerte

Copyright © 2024 por Arcadio Sierra Díaz
Bogotá D.C. - Colombia
Todos los derechos reservados por el autor.
Email: cristiasidia@gmail.com

URL canal de Youtube:
https://www,youtube.com/c/ArcadioSierraDiaz

URL página de autor en Amazon:
https://www.amazon.com/author/arcadiosierradiaz

«*Mejor es la buena fama que el buen*
ungüento; y mejor el día de la muerte
que el día del nacimiento.
Mejor es ir a la casa del luto
que a la casa del banquete; porque
aquello es el fin de todos los hombres,
y el que vive lo pondrá en su corazón.
Mejor es el pesar que la risa;
porque con la tristeza del rostro
se enmendará el corazón»

Eclesiastés 7:1-3

CONTENIDO

Prólogo, 5
1. **Lugares de ultratumba**, 11
El Paraíso celestial, 11
El Hades, 16
Descenso del Señor al Hades, 20
El Tártaro, 22
El pozo del abismo, 24
Las tinieblas de afuera, 27
El lago de fuego, 33
La nueva creación y el estado eterno, 35
La nueva Jerusalén, 37
2. **Diversas connotaciones de la muerte en el ser humano**, 39
La muerte engendro del pecado, 39
La primera muerte, 40
La muerte biológica, 42
El estado intermedio de los santos, 43
La muerte segunda, 46
Sufrir daño de la segunda muerte, 50
3. **Encarando la muerte**, 54
Nuestra actitud frente a la muerte, 54
El encuentro con la muerte, 58
Apéndice I - **Si se humillare mi pueblo**, 63
Un siervo llamado Jesús, 71
Apéndice II - **Cómo introducir la cruz en tu vida y negar tu ego**, 75
Tomando nuestra propia cruz, 75
La cruz en el discipulado, 77
Los pobres en espíritu, 82

PRÓLOGO

¡Oh, la muerte! ¡Qué gran misterio es la muerte para mucha, muchísima gente! Todas las culturas humanas de la historia le han creado su correspondiente acerbo de misterios y particularidades con tintes religiosos supersticiosos. Los griegos la llamaban *thánatos*, y hasta la llegaron a personificar dentro de la profusa riqueza cultural de su mitológica teogonía; de manera que *Tánatos* era hermana gemela de *Hipnos*, el sueño. De esa cultura se deriva la palabra *Tanatología*, que entre nosotros es la parte de la Teología que estudia lo relacionado con la muerte, conforme la revelación divina. En la historia de la humanidad, muchos han escrito y realizado exhaustivas exposiciones acerca de la muerte; pues es un tópico tan apasionante, que, sin dejar de ser preocupante, jamás se agota.

No obstante, es innegable y real que millones de hijos de Dios permanecen indiferentes, carentes de claridad sobre algo profundamente fundamental. Y esto sin hablar de la gran masa de la humanidad; esa misma que ha deambulado lejos de Dios y de la realidad de lo que indefectiblemente nos espera después de cruzar el umbral de la muerte.

A pesar de lo anterior, jamás deja de haber personas inquietas por lo que les podría sobrevenir una vez les llegue el momento de la muerte; y vemos a diario que aquellos que no tienen esperanza se entristecen en gran manera en cada funeral o accidente fatal, como también frente a las continuas desgracias que acechan, donde la muerte siempre se hace presente; y la gente se estremece hasta la profundidad de su alma. Y abunda el dolor frente a la inevitable muerte. En verdad, es un asunto que tiene la capacidad de llenar de pánico a cualquiera.

No obstante, es de mi parecer que el uso cotidiano que le

damos a los términos vida y muerte, es sumamente superficial. Por lo regular, cuando alguien muere, solemos compadecernos por tal persona, y nos lamentamos, qué sé yo; y muchas veces lo consideramos una desgracia; pero en realidad, esa persona no acaba ahí; en ese momento le da comienzo a otra esfera o estadio de su existencia, mientras que nosotros continuamos en esta tierra, que no es otro que escenario de los muertos que aun respiran el aire de esta atmósfera.

Entonces, la gran incógnita es, ¿a dónde van a parar esas personas que van falleciendo? ¿Será que todas se irán para el cielo? Es lo que escucho que todos piensan. Pero, ¿para cuál cielo se irán? O por ventura, ¿quedarán en los aires, o en los lugares tenebrosos, convertidos en fantasmas dedicados a asustar a los mortales?

Pero, bueno, continuando nos preguntamos, ¿qué es la muerte? ¿Acaso se tratará de un insondable misterio? ¿Será que por desgracia, carecemos de revelación sobre lo que nos espera a todos? ¿Vendrá la muerte acompañada de aniquilación y desesperanzado manto de sombra? Pero la respuesta suele quedar en el vacío; como si sirviera de consuelo dejarle esa responsabilidad al acaso. No obstante, la muerte continúa ahí, acompañando a los vivientes; casi que al alcance de la mano.

Ahora bien; es bueno meditar, ¿qué impacto producirá para cada uno de nosotros cuando nos enfrentemos a ese instante que indefectiblemente ha de llegar? ¿A quién le podrá importar ese tópico en este momento? Pero es necesario que analicemos la realidad de la muerte en el marco del texto sagrado, y particularmente conforme la revelación de la escatología. Sí; es más saludable que Dios nos lleve de la mano respecto de esto. Es mejor que le creamos a la revelación de Dios.

Para analizar los acontecimientos escatológicos, no es bueno caer en la trampa de usar una metodología y un

lenguaje absurdamente hiperbólico y fantasioso, anegado de fábulas. ¿Por qué lo afirmo? Nada menos que porque debido a que en torno de la muerte, en todas las culturas históricas, se han tejido montones de leyendas cargadas de fantasías, supersticiones y extravagancias. Y muchas veces suelen catalogar a la muerte como una mera alteración metafísica; y se ha regado por ahí la ridícula costumbre de pensar que nuestros seres queridos que se han ido, nos miran y nos cuidan desde el cielo; y a algunos los canonizan y les dan propiedades de dioses; y la gente los llega a adorar; y lo que es peor aun, algunos piensan que han podido reencarnar incluso en un bicho tan extravagante como un sapo. ¿Lo puedes creer?

No obstante todo eso, continuamos preguntándonos ¿qué es la muerte? Pero la realidad es que Dios no nos ha dejado cargando esa incertidumbre; no. Las Escrituras sagradas revelan que la muerte es una mera separación, jamás una aniquilación. Nuestra alma sólo se separa de un cuerpo que ha de pudrirse, No sigamos creyendo en tantas barbaridades. Creámosle a Dios. Tengamos en cuenta que a la exégesis bíblica no la podemos divorciar del texto sagrado. Si lo hacemos, de seguro que se nos dará por fantasear. La exégesis debe relacionarse íntimamente con el texto bíblico. ¡Cuidado con eso! Exégesis que no esté basada en la revelación bíblica, tarde o temprano cae en el desprestigio. Es cuando veremos que la Biblia tiene la propiedad de interpretarse a sí misma, y nos va iluminando el camino de la verdad. Es peligroso añadir elementos y reinos fantasiosos más allá de lo que leemos en sus páginas; y allì se encuentra el asunto de la muerte.

Bueno, hablar de la muerte es tratar de narrar la aventura más emocionante de la vida; tanto más, cuanto que es un viaje sin retorno, que, por cierto, puede incluir una caída al incierto vacío. Pero el caso es que todo creyente en Jesucristo debe tener la convicción de que la muerte física no debe llenar nuestro corazón de preocupaciones y temores,

toda vez que tengamos la seguridad de que nuestro vínculo con el Señor es de amor, gozo, esperanza, seguridad, santidad, sometimiento, obediencia y eternidad; de que estamos en paz con todo el mundo; que nuestro corazón no está cargado de codicias; que nuestro tesoro está donde esté nuestro Señor, entre otras cosas.

¿Qué sucede, entonces? Que los hijos de Dios somos sólo peregrinos en esta esfera. Que hay una existencia eterna más allá de la presente; para bien; o para mal para quienes carecen de esperanza. Y esa situación no la cambia nadie. Si nosotros, como hijos de Dios, pertenecemos a ese mundo superior, cuidemos de que la inclinación de nuestro corazón permanezca fija hacia ese lugar; hacia las alturas. Nos dice el apóstol Pablo: «*Poned la mira en las cosas de arriba; no en las de la tierra*» (Col. 3:2); y esto, a fin de no errar el blanco. No olvidemos que somos extranjeros y peregrinos en este mundo; que los hijos de Dios hacemos parte de Cristo; y que nuestra ciudadanía está en el reino de los cielos.

Hermanos, me atrevo a afirmar que ningún hijo de Dios debe temer a la muerte física. Esto pareciera muy atrevido de mi parte. Lo que sí nos debe preocupar es no estar preparados para ese momento. ¿De qué se trata esa preparación? Se trata de una preparación interior, de una renovación subjetiva; un genuino arrepentimiento; una íntima transformación moral como fruto de una renovación de nuestro entendimiento; es decir, Dios quiere que dejemos de pensar como lo hacíamos ayer; que cada día pensemos con más claridad, como piensa Dios, con una mente santa, esclarecida, no contaminada. Si pensamos diferente, como consecuencia nuestras costumbres van cambiando; nuestros actos se van purificando, pues se supone que hemos llegado a negarnos a nosotros mismos; y procuramos tomar cada día nuestra propia cruz; esa cruz que nos desprende de este mundo. Nuestra propia cruz nos lleva a estar en paz con todo el mundo; a darle a todas las cosas el mismo valor

que les da Dios. Cuando ya empezamos a pensar en forma santa, es cuando estamos conociendo quién es Dios y quién es su Hijo Jesucristo.

Las cosas del cielo se están acercando cada día más. Miremos con seriedad que, en aquel día, sólo las cinco vírgenes que habían pagado el precio podrán entrar con el Señor a las bodas del Cordero (cf. Mt. 25:9-12). De manera que la muerte nos debe preocupar cada día menos.

Por lo demás, tengamos por seguro que la muerte no mata. La existencia de nadie acabará el día que le sobrevenga la muerte biológica. Ese día comenzará para cada individuo una esfera donde la existencia se prolongará por toda la eternidad; y esa esfera futura que te espera depende de las decisiones que hoy hayas tomado para tu vida, para bien o para mal; donde ya no habrá oportunidad de regresar para enmendar ni corregir el rumbo que le hayas dado a tu vida.

Si en tu mundo no conoces nada de Dios, debes saber que hoy, y sólo hoy, es día para que te salves; para que conozcas el camino de la vida eterna.. Para eso Dios decidió que el Verbo eterno de Dios se haya encarnado hace dos mil años en la persona del Señor Jesús de Nazaret. Hace dos mil años, Dios irrumpió en la humanidad. Pero, ¿qué ha sucedido contigo en particular? ¿No te importa eso? Como dice la Escritura; «*A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios*» (Jn. 1.11-13).

Dios vino a darnos luz y conocimiento de Él mismo y de su Hijo, el Señor Jesucristo, de sus propósitos para con los hombres, a fin de que tengamos la capacidad de conocer las cosas como Él las conoce, y sepamos plenamente hacia dónde vamos y qué nos espera en el más allá.

Dice el apóstol Pablo:

«*Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo*» (1 Co. 2:16).

Uno

LUGARES DE ULTRATUMBA

Antes de abordar el tema de la muerte, hagamos una breve reseña de los diversos lugares (que pueden ser situaciones o condiciones) establecidos por Dios para morada temporal o eterna de los seres humanos que crucen el umbral de la muerte biológica, así como de los ángeles caídos, tanto en la rebelión celestial liderada por el querubín Lucero (cf. Is. 14; Ez. 28), como los caídos en los tiempos antes del diluvio (cf. Gn. 6:1-4; Jud. 6), cuando, conforme lo narra el libro de Enoc, doscientos ángeles liderados por Semyaza, no guardando su dignidad, abandonaron su propia morada, y descendieron a tomar para sí mujeres de entre las hermosas hijas de los hombres, para unirse en comercio carnal con ellas y engendrarles hijos, los *nefilim*, una raza mixta, que no eran otra cosa que gigantes violentos, tiranos y perversos. Acudo al libro de Enoc (tenido por apócrifo) para referirme al contexto de Génesis 6:1-4, pues también es citado por Judas en su carta canónica.

Pues bien, los lugares (o situaciones) de ultratumba que mencionamos a continuación son los revelados en la Palabra de Dios. Como es obvio, en las páginas sagradas no podrás encontrar ni el Purgatorio ni el Limbo, que son usados en la Iglesia Católica Romana, sin duda por alguna influencia de la teogonía babilónica.

EL PARAÍSO CELESTIAL

El vocablo *paraíso* tiene origen persa. Los antiguos persas lo usaban para designar los jardines y parques

extramurales que rodeaban los palacios de sus reyes y príncipes de la antigüedad. Los traductores del hebreo al griego de la versión llamada la Septuaginta, usaron este vocablo para designar el huerto donde Dios colocó a la primera pareja en el Edén (cf. Gn. 2:8,9). No obstante, «paraíso» terminó por usarse como término técnico para indicar esas regiones celestiales hacia donde Dios encaminó a los justos después de que el Verbo encarnado ofrendara su sangre en la cruz del Calvario; como le ocurrió al malhechor arrepentido crucificado al lado del Señor Jesús.

En ese dramático momento, en la cima del Monte Calvario, alguien que estaba siendo crucificado al lado de la cruz del Señor, en su postrer agonía creyó en Jesucristo, y su vida eterna fue asegurada por Dios. En ese escenario de agonía, ¿qué actitud tomó Jesús ante las palabras de clamor del pecador arrepentido? A pesar de su aparente derrota, el Señor Jesús estaba seguro de su victoria, y en consecuencia manejó esa situación como era de esperarse. «*Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso*» (Lc. 23.43). En realidad, el Paraíso es considerado un estado intermedio destinado a los bienaventurados, los hijos de Dios, quienes permanecerán allí hasta el día del regreso glorioso del Señor Jesús a la Tierra. El Señor los traerá a fin de que resuciten.

Pero, ¿dónde está ubicado ese lugar de bienaventurada espera? El Paraíso está ubicado en el tercer cielo, aunque no es el lugar celestial más alto. Es el lugar en las esferas celestiales donde van los redimidos al gustar la muerte física. Algunos lo ubican en las profundidades de la tierra, y lo tienen como una continuidad del Seno de Abraham, una de las antiguas secciones del Hades; pero las Escrituras revelan lo contrario. Por cierto, el apóstol Pablo conoció al Paraíso celestial antes de su muerte. Un día él fue arrebatado por Dios al tercer cielo, con el propósito de que presenciara importantes asuntos en las esferas celestiales, y para que escuchara y le fuesen revelados misterios del reino de

Dios, todo en palabras indecibles para los mortales, tal como él lo declara.

«*Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo... Y conozco al tal hombre (si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar*» (2 Co. 12:2,4).

Como lo podemos constatar, esos dos versículos ubican el Paraíso en el tercer cielo. Hay consenso en aceptar la existencia de tres cielos. El primer cielo lo compone la atmósfera terrestre, donde también deambulan las potestades demoníacas con sus huestes de maldad. El segundo cielo es todo el espacio sideral ocupado por las galaxias con sus miríadas de estrellas; y el tercer cielo son esas alturas donde está el trono de Dios, y sus jardines adyacentes, que es el Paraíso.

Dios, en su majestuosa potestad, consideró necesario transportar al apóstol Pablo y situarlo por determinado tiempo en el Paraíso. Un día, en el camino que conducía a Damasco, Dios se le había aparecido y revelado a Saulo de Tarso, designándole el ministerio especial de ser el apóstol de los gentiles. Para ello necesitaba instruirlo, capacitarlo y revelarle algunos de sus misterios; y uno de esos pasos fue llevarlo al tercer cielo. No dice si allí pudo ver a los hijos de Dios que habían muerto; y no lo cuenta debido a que es irrelevante en el contexto.

Pero de todos modos hay mucha posibilidad de que los haya visto, y haya recibido la revelación de que todos esos hermanos que van gustando la muerte y son llevados al Paraíso, no quedarán para siempre en el tercer cielo, sino que serán resucitados, pues el Señor Jesús se los traerá el día de su venida, al sonido de la séptima trompeta, a fin de que sus despojos mortales sean transformados en un

cuerpo glorioso para cada uno. Por esa causa, el apóstol lo declara con toda seguridad.

«*Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él... Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero*» (1 Ts. 4:14,16).

Cuando somos instruidos acerca de las doctrinas fundamentales, es necesario que vayamos absorbiendo correctamente esas instrucciones, hasta que lleguen a consolidarse en un conocimiento espiritual y mental, pero en un entendimiento renovado; esto tiene aplicación sobre todo en lo relacionado con las revelaciones escatológicas. Para ello se necesita una transformación moral en cada creyente. Téngase en cuenta que cuando la persona persiste en el pecado, continúa su vida huyendo de Dios; cosa que le impide recibir la debida y correcta revelación de los asuntos celestiales.

Sin embargo, en el Paraíso, Pablo «*oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar*». La expresión «*palabras inefables*» literalmente significa «*expresiones impronunciables*»; es decir, cosas pronunciadas por alguien, pero que no pueden ser expresadas ni entendidas por otro. Eso puede referirse a algo relacionado con determinados misterios de Dios, o asuntos demasiado sagrados y sublimes como para tener la capacidad de repetirlo, por mucho que se intente; como si se tratara de algo que no es apto para ser expresado en el lenguaje humano; o que por lo menos, los seres humanos no estén en la capacidad para entenderlo todavía. Además, a Dios no lo podemos entender a plenitud. Si entendiéramos todo lo de Dios, Él dejaría de ser Dios.

Entonces, estemos seguros de que jamás podremos comprender todo lo de Dios y sus misterios. Sin embargo, el apóstol, en sus cartas transmite aspectos esenciales que la

iglesia debería conocer, que a veces son difíciles de entender, como lo declara el apóstol Pedro: «... *entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen*» (2 Pe. 3:16).

Las Escrituras revelan que antes de la obra del Señor Jesús en la cruz, ningún santo del Señor al morir ascendía al Paraíso. Todos los bienaventurados del Antiguo Testamento, al morir descendían al Seno de Abraham, una gran extensión que hacía parte del Seol (Hades). Eso fue lo que le ocurrió a Lázaro, el pordiosero de la historia narrada en Lucas 16. Pero un día nuestro Salvador dio su vida por nosotros, y abrió las puertas del Paraíso para todos los hijos de Dios. Ahora, en vez de trasladarlos al Seno de Abraham, los ángeles llevan al Paraíso a todos los hijos de Dios en el momento de su muerte.

Como lo hemos visto, el Paraíso está ubicado en el tercer cielo; pero no se debe confundir el cielo con la vida eterna. ¿Cómo es eso? Tengamos en cuenta que la vida eterna no es un lugar, por muy glorioso que parezca. Desde el momento en que creíste, ya tienes vida eterna, pues ya has experimentado un nuevo nacimiento, la regeneración.

Debemos aclarar un asunto altamente importante. A muchos les parece inconcebible cuando afirmamos que después de la resurrección de los santos, los hijos de Dios no ascenderán al Paraíso ni a ninguna otra ubicación en el cielo. Esa aseveración, tú no lo encuentras en la Palabra de Dios. Ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento. La Palabra de Dios asevera que después de resucitados, los creyentes siempre estaremos con el Señor; pero vemos que el día de la resurrección será el mismo en que el Señor regresa a la tierra; pero el caso es que Cristo no regresará para volverse enseguida de nuevo al cielo, sino que viene a establecer su reino milenial en la tierra; y nosotros estaremos reinando con Él. El Señor nos necesita aquí en la tierra con Él.

EL HADES

A menudo, al Hades le suelen llamar *infierno*. Y en torno de ese concepto se han tejido mil y una leyendas. ¿Por qué? A través de los siglos se ha venido acuñando la palabra *infierno* para designar un lugar de tormento para los condenados que hayan traspasado el umbral de la muerte. Es perentorio y esencial aclarar que la palabra «*infierno*» no aparece en los originales hebreo y griego de la Biblia. Es usada por algunas traducciones en castellano para designar todos esos lugares del inframundo; pero en realidad la palabra *infierno* es transliterada del latín *infernum* (lugar inferior), tal como aparece en la Vulgata Latina, traducción bíblica al latín popular, efectuada por Jerónimo en Jerusalén, en el año 405 d.C. En esa traducción latina, Jerónimo usa esta palabra para referirse a muchos de los lugares del inframundo. La *Vulgata Latina*, durante siglos fue la versión bíblica oficial del catolicismo romano; cuando este sistema religioso gozaba de peso autoritativo.

Por esa causa, la palabra *infierno* es usada con esa connotación incluso por escritores clásicos, como Dante Alighieri, en su obra magna «*La Divina Comedia*». En esta obra clásica, el autor, cuando empieza a describir el infierno, lo ilustra como el lugar de tormento eterno, tanto que en la puerta de ese lugar escribe la siguiente frase:

«***Es por mí que se va a la ciudad del llanto, es por mí que se va al dolor eterno y al lugar donde sufre la raza condenada; yo fui creado por el poder divino, la suprema sabiduría y el primer amor, y no hubo nada que existiera antes que yo; abandona toda esperanza si entras aquí***».

* * *

Algunos afirman que el término griego *hades* significa «*para no ser visto*», o «*invisible*». Debe ser porque todo el que entra en ese lugar, ya nadie lo podrá ver jamás,

excepto los que están ahí también confinados. Otros opinan que *hades* significa «*receptor de todo*»; esto tiene sentido, pues el Hades es insaciable; es decir, en todo momento recibe las almas de los impíos difuntos, con la particularidad de que jamás se llena. Cuando medito en esto, suelo comparar el Hades con las cataratas de Iguazú.

Cuando la Palabra de Dios hace mención del Hades, el contexto guarda relación con la muerte, como cuando el Cordero abra el cuarto sello apocalíptico, y aparezca un caballo amarillo, el portador de la muerte. ¿Por qué hace esa relación? Pues debido a que la muerte le provee almas al Hades, cual insaciable catarata que va proveyendo, con poderosa insistencia, toneladas de agua al abismo.

«*Miré, y he aquí un caballo amarillo, y el que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades le seguía; y le fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad, y con las fieras de la tierra*» (Ap. 6.8).

Cuando la Palabra de Dios se refiere al Hades, o Seol, en todos los contextos habla de que los que son lanzados a ese lugar, siempre lo hacen descendiendo; es un procedimiento inexorable. Ocurre tal como cuando el Señor se refiere al destino de algunas ciudades de la Tierra Santa. El Señor les dice: «*Y tú, Capernaum, que hasta los cielos eres levantada, hasta el Hades serás abatida*» (Lc. 10.15).

Hades es el mismo Seol del Antiguo Testamento. La Palabra de Dios revela que el Hades es la región del inframundo donde descienden los espíritus de los muertos perdidos. Digo que descienden, porque ese lugar se encuentra en las profundidades de la tierra. Allí también descendían los muertos bienaventurados en los tiempos anteriores a la ascensión del Señor Jesucristo. Cuando

Jacob recibió la noticia de que José, su hijo favorito, había muerto en las garras de una mala bestia, con gran dolor, exclamó: «*Descenderé enlutado a mi hijo hasta el Seol*» (Gn. 37:35).

El Seno de Abraham. Pero, la pregunta es, ¿cómo podían descender al mismo lugar tanto impíos como bienaventurados? No obstante, Dios no nos deja con esa incógnita. En Lucas 16.23-26, las Escrituras nos revelan que antes de la obra expiatoria de Cristo en la cruz, su muerte, resurrección y ascensión, el Hades estaba dispuesto y dividido en dos grandes secciones separadas por un delgado e insondable abismo que impedía el paso de una zona a la otra; pero tan cerca, que sus moradores se podían avistar de un lado para el otro. Por un lado se encontraba el *seno de Abraham*, a donde descendían los justos en espera de la redención; y por el otro, una inmensa zona inundada de llamas, de gusanos y de dolor, a donde descendían y eran confinadas las almas de los impíos.

El capítulo 16 del libro de Números narra que en la antigüedad, durante el éxodo del pueblo hebreo, en pleno desierto, varias familias comandadas por Coré, Datán y Abiram se rebelaron contra Dios y sus decisiones en Israel; y como consecuencia se abrió la tierra y descendieron vivos al Seol. «*Abrió la tierra su boca, y los tragó a ellos, a sus casas, a todos los hombres de Coré, y a todos sus bienes. Y ellos, con todo lo que tenían, descendieron vivos al Seol, y los cubrió la tierra, y perecieron de en medio de la congregación*» (Nm. 16.32,33).

En la actualidad, el Hades es el nauseabundo receptáculo temporal de las víctimas de la muerte espiritual, a donde irán a parar cuando les sorprende la muerte física; es decir, los que mueren lejos de la salvación que Dios ofrece por la obra de Cristo. Respecto de esto, no deja de ser curioso la expresión de algunos actores en esas

escenas fílmicas, cuando se retan a un duelo a muerte. De repente uno de ellos le dice a su contrincante: «Nos vemos en el infierno».

El Señor Jesús lo ilustra con lujo de detalles cuando se refiere a la historia del rico y Lázaro. A estos dos personajes, después de que cada uno vivió su propia historia en esta tierra, les llegó la hora de partir de este mundo. ¿A dónde fueron a parar? Ambos fueron a parar al Hades, pero cada uno a una esfera diferente.

«*Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado. Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno*» (Lc. 16:22,23).

Por otro lado, en el contexto de los ayes sobre las ciudades impenitentes, al referirse a Capernaum, el Señor Jesús exclama: «*Y tú, Capernaum, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida; porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy*» (Mt. 11:23). ¿Por qué el Señor pronuncia esta imprecación sobre esta ciudad de su natal Galilea? Porque, a pesar de que la mayoría de los milagros del Señor fueron llevados a cabo en las ciudades de Corazín, Betsaida y Capernaum, aun así, allí no se habían arrepentido; su ceguera les impidió percatarse del día de la visitación del Dios todopoderoso. Entonces, el juicio de Dios es más tolerable para aquellos a quienes reciben menos revelación y menos manifestación del poder de Dios. Por tanto, es mayor la responsabilidad la de aquellos que reciben mayor revelación.

En otra ocasión, viniendo el Señor Jesús con sus discípulos de la región de Cesarea de Filipo, les preguntaba a sus amigos acerca de la opinión de los hombres sobre Él, así como la de ellos mismos. Conforme la

respuesta de Pedro registrada en el contexto, el Señor le dijo: «*Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella*» (Mt. 16:18).

Aquí el Señor manifiesta que las puertas del Hades jamás prevalecerán contra su iglesia. Con estas palabras, el Señor está asegurando que la iglesia jamás será destruida por ningún poder, ni político ni diabólico, incluido el poder de la muerte. En esta ocasión, el Señor está asegurando que la iglesia es eterna; de manera que la muerte, o cualquier otro poder oculto y perverso, jamás podrá salir victorioso sobre la iglesia de Jesucristo; aunque haya sufrido serios reveses y contratiempos en la historia. Las puertas del Hades están continuamente abiertas para devorar a toda la humanidad, excepto a los hijos de Dios. Pero la existencia del Hades tendrá su fin; pues aun el Hades, al final será lanzado al lago de fuego; eso ocurrirá después que todos sus habitantes sean sacados de allí para ser juzgados en el juicio del gran trono blanco, y luego lanzados al lago de fuego.

DESCENSO DEL SEÑOR AL HADES

Durante los tres días en los que el cuerpo del Señor Jesucristo permaneció en la tumba de José de Arimatea, en Jerusalén, las Escrituras revelan que, antes de su resurrección, Él visitó en el espíritu tanto al Paraíso como al Hades.

El Señor, al morir, fue el primero en ocupar un lugar en el Paraíso, en el tercer cielo; pero no lo hizo solo; se trajo a todos los que estaban esperando la redención en el *Seno de Abraham*, el lugar bienaventurado del Seol. Pero el primero en saberlo fue uno de sus compañeros de crucifixión. Imagínate, hermano, en semejante despliegue de incredulidad en aquel escenario del Monte de la Calavera, donde llovían las burlas y los escarnios, uno de

los malhechores que eran crucificados en esa misma hora, comprendió su culpabilidad frente a la inocencia del Señor Jesús. Pero lo importante es que a este pecador le fue revelado que era crucificado con el Mesías mismo; entonces aprovechó para pedirle que se acordara de él cuando el Señor viniera en su reino. Fue cuando el Señor, lo miró con compasión, y le aseguró que, después de morir, ese mismo día, irían juntos al Paraíso. El malhechor arrepentido quedaría sorprendido ante semejante declaración del Señor. «*Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso*» (Lc. 23.43).

La misión de Cristo, hasta su segundo advenimiento, pudo penetrar en el propio Hades, según se aprecia en el tercer capítulo de la primera carta de Pedro.

«*Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu; en el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua*» (1 Pe. 3:18-20).

¿A qué descendió el Señor Jesucristo al Hades? El Señor Jesucristo, cuando descendió al Hades, les predicó a los espíritus encarcelados, anunciándole su propia victoria en la cruz, y el juicio venidero. Aunque el Señor Jesús descendió al Hades, lo hizo para cumplir una importante misión; no para permanecer allí aunque fuese por un período temporal. Al resucitar, Dios se encargó de exaltarlo hasta su diestra en las alturas; de manera que el Señor Jesús ahora ocupa el lugar más alto y el sitio de mayor jerarquía entre toda la creación.

«*Porque no dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción... viéndolo antes, habló de la*

resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción» (Hch. 2.27,31).

En el discurso del día de Pentecostés, el apóstol Pedro se refiere al Salmo 16 de David, para anunciar que esa profecía se había cumplido en la resurrección del Señor Jesucristo. En el momento mismo de su resurrección, el cuerpo mortal del Señor Jesús experimentó una transformación; de tal manera que vino a ser un cuerpo glorioso e inmortal. Además, por el corto tiempo de permanecer en la tumba, el cuerpo del Señor Jesucristo no sufrió corrupción.

EL TÁRTARO

El Tártaro es otro lugar de tormento en las profundidades de la tierra, diferente del Hades y del lago de fuego. ¿Por qué la Palabra de Dios se refiere a ese lugar tenebroso? Para explicarlo, busquemos en las Escrituras la raíz de esa revelación.

«*Aconteció que cuando comenzaron los hombres a multiplicarse sobre la faz de la tierra, y les nacieron hijas, que viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas. Y dijo Yahveh: No contenderá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; mas serán sus días ciento veinte años. Había gigantes en la tierra en aquellos días, y también después que se llegaron los hijos de Dios a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos. Estos fueron los valientes que desde la antigüedad fueron varones de renombre*» (Gn. 6:1-4).

Estamos frente a revelaciones divinas de acontecimientos ocurridos siglos antes del diluvio universal. Estos hijos de Dios no son otros que ángeles del cielo, tal como es revelado en Job 1:6. Significa que un grupo numeroso de ángeles de Dios, prendados de la belleza de las hijas de

los hombres, decidieron unirse a ellas y engendrarles una raza mixta, unos gigantes (*nefilim*) violentos, tiranos y perversos.

El apóstol Pedro habla de ángeles, y evidentemente estaba aludiendo al libro de Enoc, que se refiere a los ángeles de Dios que transgredieron la orden de Dios. Y me remito al libro de Enoc, que, aunque considerado apócrifo, sin embargo, es citado por Judas en su carta. ¿Qué sucedió, pues, con estos ángeles? Dios no se iba a quedar con los brazos cruzados. Cuando estos ángeles celestiales abandonaron su dignidad, uniéndose en comercio carnal con las hijas de los hombre, como resultado fueron confinados en cárceles oscuras del inframundo, el Tártaro, a la espera del juicio final. Al respecto la Escritura sigue revelando en qué paró todo. Dice el apóstol Pedro:

«*Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al Tártaro*[1] *los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio*» (2 Pe. 2.4).

Vemos, pues, que el Tártaro se define como espantosas prisiones de oscuridad, especialmente para los ángeles transgresores antes del diluvio; son cárceles ubicadas en las profundidades de la tierra. Judas también se refiere al asunto de estos ángeles que cayeron, no cuidándose de guardar su dignidad; y de la misma manera, habla de esas prisiones tenebrosas, donde permanecerán hasta el día del juicio final, que no son otras que el Tártaro.

«*Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día*» (Jud. 6).

---

[1] Como lo hemos explicado, algunas versiones bíblicas usan la palabra *infierno* para referirse a los lugares del *inframundo*. Por esa razón en Reina Valera 1960 no aparece el término Tártaro sino infierno.

Judas afirma que estos ángeles cayeron, abandonando su propia morada; eso significa que hubo en ellos un tiempo en que no habían caído; que disfrutaban de una privilegiada posición celestial ante Dios. Luego, al apartarse de la justicia, como consecuencia fueron expulsados del cielo, y remitidos a las prisiones más bajas de oscuridad, las cuales no se trata de otro lugar que del Tártaro, donde tendrán que esperar el castigo postrero. ¿Cuál será ese castigo postrero? Después del juicio, esos ángeles serán echados, junto con Satanás, al lago de fuego. Vemos, pues, que el Tártaro es también una prisión temporal.

No deja de ser curioso que el «Tártaro» también estaba en el pensamiento de los griegos antiguos. Para ellos era un lugar oscuro (abismo) que quedaba en el seno de la tierra, y que servía de prisión a Cronos, dios destronado, y de los titanes derrotados. Esto guarda una relación de similitud con la revelación bíblica. En el contexto griego, después, por desarrollo de la idea, el sentido de la palabra se modificó, pasando a significar un lugar de juicio de los impíos, donde tales personas sufrían dolores y tormentos sin fin y sin esperanza. El poeta de la antigüedad griega Hesíodo, quien vivió alrededor del año 700 a.C., se refiere ampliamente al Tártaro en su obra «*Teogonía, trabajos y días*».

Es importante observar que Hesíodo se refiere a gigantes, para mencionar a los hijos de los dioses con las hijas de los hombres; que son los mismos a los que llamaron Titanes. Y asimismo se refiere a que en el fondo de la tierra existía el tenebroso Tártaro; explicando que entre la superficie de la tierra y el profundo Tártaro hay un gran abismo.

EL POZO DEL ABISMO

El abismo es la morada carcelaria y temporaria de los

demonios, esos confinados allí al parecer por su alto grado de maldad; así como son encarcelados los seres humanos de alta peligrosidad. Y, de hecho, abundan los demonios que le hacen mucho daño a la humanidad. Como es obvio, el Señor tiene las llaves del abismo. Este tenebroso lugar sólo se abre cuando Dios lo ordena.

En Lucas 8 se narra el incidente cuando el Señor echa fuera los demonios alojados en un hombre en la tierra de los gadarenos. Sí, en una ocasión, el Señor cruzó el Mar de Galilea, y se fue a la tierra de los gadarenos. Al llegar, se le acercó un hombre endemoniado, pues, según el contexto, estaba poseído por una legión de espíritus malignos, los cuales le habían esclavizado de tal manera que hacía tiempo había abandonado su hogar para irse a morar en torno de los sepulcros; tal vez se guarecía en alguna cueva en ese entorno; y lo más triste es que ni siquiera llevaba ropa sobre su cuerpo. De hecho, su condición era un desastre, pues estaba convertido en una simple marioneta; de esas personas que hoy tendrían por esquizofrénicas. ¿Qué se puede esperar en un mundo alejado de Dios? Una vida y un ambiente moral de tan baja condición se prestan a la influencia demoníaca, y con ello, a la posesión.

Los demonios conocían muy bien quien era el Señor Jesús, así como saben distinguir a los hijos de Dios en este tiempo de la gracia. El demonio que le hablaba por boca de aquel desdichado endemoniado, llamó al Señor al Señor con el título de Hijo del Dios Altísimo, tal como el ángel Gabriel le anunciara a María en Nazaret.

Pero el caso es que los demonios estaban seguros de que el Señor tenía poder sobre ellos; y de que ellos tarde o temprano serían lanzados al pozo del abismo. Por esa razón, el demonio que llevaba la vocería, intuyendo que el Señor los iba a expulsar de aquel cuerpo, le imploró al Señor: «*Te ruego que no me atormentes*» (v. 28). pero

como eran muchos *«le rogaban que no los mandase al abismo»* (v. 31), lugar donde algunos demonios actualmente están confinados, tal como lo narra el texto sagrado en Apocalipsis 9.1-2,11. Vemos, pues, que los espíritus malignos estaban convencidos de que estaban derrotados, pero esperaban obtener ciertas concesiones, antes de que llegase el día en que en definitiva serán lanzados al pozo del abismo.

Como lo mencionamos, en el capítulo 9 de Apocalipsis encontramos otra terrible revelación sobre esos demonios confinados en el pozo del abismo. Narrando los hechos escatológicos, al sonar la quinta trompeta, se abre el pozo del abismo, de donde emerge gran cantidad de esos demonios de la más alta peligrosidad, pero ahora en forma de enormes langostas, dotados de poder para martirizar a los humanos que no tuviesen el sello de Dios en sus frentes.

Por otro lado, en el capítulo 20 de Apocalipsis, después de la derrota del anticristo y su confinamiento en el lago de fuego, un poderoso ángel de Dios, traerá las llaves del abismo y una gran cadena en la mano, con la cual atará a Satanás y lo arrojará al abismo. Aunque en el contexto no lo define, se supone que con Satanás serán arrojados al pozo del abismo todos los principados, potestades, gobernadores y demás huestes de maldad que han estado al mando de Satanás en todos estos siglos.

En el contexto de los versículos 7 al 10 de este mismo capítulo, encontramos que después de mil años, Satanás será suelto de su prisión; pero volverá a engañar a las naciones a fin de que conspiren contra Dios; no obstante, allí vemos la revelación del destino eterno de Satanás y sus huestes. Se sabe que Satanás fue uno de los principales ángeles de Dios, llamado Lucero; pero un día conspiró contra Dios, y cayó de su posición por su pecado, y, después de haber hecho tanto daño en la tierra y en

la humanidad, su destino final y eterno es el lago de fuego y azufre.

TINIEBLAS DE AFUERA

Para muchos, abordar el tema de las tinieblas de afuera dentro del marco de las situaciones que millones tendrán que afrontar en la esfera del más allá, es considerado poco menos que tabú, por no decir que incomprensible, desconocido, incoherente para la mente de los hijos de Dios. Nadie puede concebir que muchos hijos de Dios no podrán entrar al reino de los cielos en el milenio; y en cambio, tendrán que ser echados temporalmente en las tinieblas de afuera. Es indudable que abundan creyentes equivocados en muchos temas bíblicos; sobre todo porque a Dios se le interpreta mal. Por un lado abundan creyentes que su mente no ha sido renovada, y continúan pensando con mentalidad similar a la de los impíos; y por el otro, Dios exige de nosotros santidad, pues el pecado levanta un muro infranqueable que nos imposibilita para alimentarnos convenientemente de Cristo.

Un día se le acercó al Señor Jesús un centurión romano a fin de pedirle que sanara a su siervo, que estaba paralítico. El Señor le dijo que iría a su casa y le sanaría. Pero el centurión le dijo que no fuera, que él no era digno de que entrara en su casa; que simplemente diera la orden y su siervo sanaría. Ante esta respuesta, el Señor se maravilló de la fe de aquel centurión, no hallada en Israel. Entonces, aprovechó para hacer la siguiente declaración:

«*Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes*» (Mt. 8:11,12).

En ese momento del ministerio del Señor Jesús, el Señor revela que la verdadera fe se puede encontrar fuera de la nación de Israel, y que la fe puede estar ausente del pueblo de Dios; pues se espera que la fe no sea extraña entre aquellos que conocen al Señor. Los resultados de la falta de fe son muy graves.

Ahora bien, los judíos siempre han esperado que el Mesías, en su manifestación gloriosa, restaure el reino a Israel; y caracterizan el inicio del reino con grandes y magníficos festejos, donde podrán compartir su alegría con los grandes profetas, comenzando con los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob. Pero lo curioso es que, para ellos, a los gentiles no les será permitido participar en estas apoteósicas celebraciones; por lo cual quedarán relegados a permanecer por fuera, donde habrá oscuridad, sometidos al rigor de diversos sufrimientos.

Pero el caso es que en este contexto, Jesús ratifica que en esas celebraciones participarán gentes de todas las naciones del mundo, por muy lejanas que estén de Jerusalén. En realidad, los hijos de Dios sabemos que se trata de las Bodas del Cordero, las cuales darán comienzo al reino milenial del Señor Jesús.

En el contexto que estamos analizando, el Señor llama «*hijos del reino*» a los hebreos; pero ahora que tenemos suficiente luz, vemos que para participar en el banquete de las Bodas del Cordero, es necesario que tengamos y vivamos la fe de los patriarcas, tal como la tuvo el centurión frente al Señor Jesús. Las Escrituras revelan que quienes sean lanzados a las tinieblas de afuera, tendrán que sufrir, además de la densa oscuridad, un fuerte y prolongado dolor, angustia, llanto y crujir de dientes; esto describe la naturaleza del juicio que han de soportar. Vale la pena preguntarnos, ¿cómo y en qué escenario se va a determinar semejante sentencia?

La parábola de los talentos registrada en Mateo 25:14-

30, ilustra un aspecto importante del juicio de las obras de los hijos de Dios frente al tribunal de Cristo. Mientras permanecemos en esta tierra, cada uno de nosotros recibe del Señor determinados dones (bienes tangibles e intangibles, diversos recursos, estudios, oportunidades, posiciones, destrezas, profesiones, y oficios, etc.) a fin de que los usemos convenientemente conforme la voluntad de Dios y la guía del Espíritu Santo. Del buen uso que hagamos de esos talentos, habremos de dar cuenta al Señor en el curso de ese juicio. Claro, la responsabilidad de cada uno es proporcional a las capacidades recibidas por el Señor; y Dios exige un buen uso de los mismos. Se nos es revelado que en el curso del juicio, aparecen siervos que hayan logrado trabajar los talentos recibidos, y aumentarlos. El galardón que recibirán estos siervos diligentes consistirá en participar con Cristo en el gobierno del reino milenial.

No obstante, vemos que el siervo que había recibido un talento, se sintió culpable por no haber usado bien lo que había recibido, y a la vez calumnió a su señor acusándolo de duro y cruel. Pero debemos entender que en ese escenario ya no podremos dar ni un paso atrás a fin de remediar lo irremediable. Ese día ya no habrá oportunidad para devolver lo que hayamos robado, ni deshacer las calumnias que hayamos difundido, ni remediar los males que hayamos podido sembrar y dejar regados en nuestro andar. Meditemos esto bien. ¿Cuántas oportunidades de las que nos ha dado el Señor han sido desaprovechadas?

Tengamos por seguro de que el Señor no podrá gobernar sobre las naciones con personas irresponsables, desobedientes e ineptas. Entonces, ¿qué fin tuvo este siervo inútil? «*Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes*» (Mt. 25:30).

Muchos hijos de Dios se escandalizan cuando se

afirma que habrá creyentes que no podrán entrar al reino, sino que tendrán que pasar una temporada en las tinieblas de afuera; pero hay que tener en cuenta que no todos damos el mismo testimonio, ni todos obedecemos la voluntad de Dios en la misma medida. En torno de este asunto hay mucha tela que cortar. En primera instancia, hay que vencer sobre nosotros mismos. A quien no sea vencedor no se le ofrece ninguna promesa. Además, el discipulado tiene su propio costo; pero podemos cometer el error de no pagarlo por completo, y eso conlleva sus amargas consecuencias. Nosotros tenemos una gran responsabilidad sobre nuestros hombros, y tenemos libre albedrío; de manera que nuestras acciones de hoy definirán nuestro futuro cuando el Señor venga. Es mejor despojarnos de nuestro viejo hombre y pensar de manera diferente a como lo hacíamos antes. Dice la Palabra de Dios que a medida que vamos conociendo la verdad, somos más libres incluso de nosotros mismos.

En el evangelio de Mateo, en su capítulo 22, Jesús narra la parábola de la fiesta de bodas, que en realidad es una alegoría de la historia de Israel. Como lo hemos mencionado, en este contexto las fiestas de las bodas pueden referirse al gran banquete que los judíos esperaban compartir con el Mesías al principio del restablecimiento del reino en Israel; pero ese banquete tendrá cumplimiento en las Bodas del Cordero. Dado que ellos despreciaron al Señor Jesús, el Señor ordena convidar a los que más tarde se convierten en sus discípulos. Pero el caso es que para participar en ese banquete, es necesario haberse vestido con las vestiduras del hombre nuevo. Dice que en medio de los festejos se encuentra a alguien que se había colado, y lo encontraron vestido inapropiadamente; es decir, no había pagado el precio para vestirse con el traje de bodas. ¿Qué le sucede a esa persona?

«*Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies*

y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes» (Mt. 22:13).

Es importante tener en cuenta que el «fuego» es también símbolo usado en el juicio de los creyentes. El apóstol Pablo también lo analiza.

«*Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego*» (1 Co. 3.12-14).

Es obvio que hay que sacar provecho de las oportunidades que nos da el Señor en este tiempo; hacer que ese fruto rinda, para que se beneficie el Señor; de lo contrario quedaremos por fuera de las fiestas de las bodas del Cordero cuando regrese el Señor; como también del reino milenial por determinado tiempo. Es difícil entender que el Señor requiere de una disciplina profunda y radical por parte de sus discípulos. Si en el curso de esta vida renunciamos a determinados deseos y ambiciones, eso redundará en beneficio de nuestra alma en la era venidera. Es difícil entender esta verdad, teniendo en cuenta, además, que la iglesia desde la época de la Reforma recibió del catolicismo romano la nefasta herencia de que la salvación consiste en subir al cielo una vez que una muere, y asunto resuelto.

En la Biblia existe una marcada diferencia entre la salvación eterna y el reino. La salvación se recibe por fe; es un regalo de Dios por gracia; en cambio, el reino se gana por obras, haciendo la voluntad de Dios; pagando un doloroso precio; cargando nuestra propia cruz; renunciando a nuestro propio yo, con un entendimiento renovado. Bueno, en verdad, somos salvos por fe, sí; pero en

realidad somos salvos por obra; claro, no por medio de nuestras propias obras, sino por la obra del Señor Jesucristo en la cruz del Calvario. Pero ¡cuidado! la entrada al reino exige pagar un precio.

«*No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos*» (Mt. 7;21).

EL LAGO DE FUEGO

En este último punto, vamos a referirnos al lago de fuego. Las Escrituras establecen la doctrina del castigo eterno y consciente de los impíos. Es lo que Señor Jesús, en el marco de uno de los eventos escatológicos más dramáticos, describe como el fuego eterno.

«*Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles*» (Mt. 25:41).

Ese fuego eterno, referido por el Señor en el marco del juicio de las naciones en su venida, que inicialmente fue preparado para Satanás y sus ángeles, es el mismo lago de fuego donde serán confinados todos los impíos de la historia.

«*Por tanto, si tu mano o tu pie te es ocasión de caer, córtalo y échalo de ti; mejor te es entrar en la vida cojo o manco, que teniendo dos manos o dos pies ser echado en el fuego eterno. Y si tu ojo te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti; mejor te es entrar con un solo ojo en la vida, que teniendo dos ojos ser echado en el infierno de fuego*» (Mt. 18:8,9).

En el contexto de estos dos versículos del evangelio de Mateo, el Señor habla del peligro de ir a parar al *infierno*, o *infierno de fuego*, palabra con que han generalizado los diferentes lugares y situaciones en el mundo del inframundo; pero en realidad se trata del lago de fuego, que

en los evangelios griegos aparece como la Gehenna.

La Gehenna es la forma aramea del hebreo Gehinnon, que es el mismo Valle de Hinom, ubicado en las afueras de Jerusalén. El caso es que esta palabra es usada para indicar el sitio del eterno castigo de los muertos impíos. Eso significa que los condenados serán arrojados a la Gehenna, donde el fuego que nunca se apaga es una simbología del tormento eterno.

Existe un curioso relato en torno de esto, y es que durante los reinados de Acaz y Manasés, los judíos quemaban niños en sacrificio al ídolo Moloc, en Tofet, en el Valle de Hinom. El rey Josías puso fin a este execrable culto pagano, y convirtió el sitio en un muladar, donde continuamente ardía fuego quemando la basura. Allí también solían arrojar a los animales muertos a fin de que ardieran o fuesen devorados por los animales carroñeros. Por esa causa, la Gehenna es usada como símbolo del castigo eterno.

En el marco de la caída escatológica de la gran Babilonia, con su orgullo y vanagloria, se habla del destino final de los que adoran a la bestia y a su imagen.

«*...y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre*» (Ap. 14:11).

En este contexto se habla del juicio eterno. Dice la Escritura que el «*el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre*» (Ap. 14:11). Eso significa que el castigo implica claramente la idea de eternidad en el tiempo. Otro detalle es que «*no tienen reposo ni de día ni de noche*». Esto demuestra que el juicio se aplicará estando plenamente «conscientes» los demandados. Esto rebate las teorías del «sueño del alma» o del «aniqui-

lamiento del alma», que enarbolan ciertas corrientes pseudo cristianas.

Conforme se lee en Apocalipsis 20.11-15, el del gran trono blanco será un *juicio punitivo*, pues determinará el espeluznante destino final de los perdidos; y el destino de los perdidos será una pena eterna. Allí serán juzgados los muertos en pecado, grandes y pequeños, que hayan sido sacados del Hades; y seràn juzgados por las cosas que, previamente al juicio, estaban escritas en los libros; y al ser juzgados, serán lanzados en la eterna Gehena.

Por otro lado, el libro de la vida será abierto para constancia de que sus nombres no estarán escritos en sus páginas, sino sólo los de los poseedores de la vida de Dios, cuyos nombres fueron escritos desde antes de la fundación del mundo (cf. Ap. 17.8). La ausencia en el libro de la vida de los nombres de los muertos en pecado, es motivo suficiente para la sentencia que en ese momento se les dicta. Ese día, sin apelación, una vez finalizado el juicio del gran trono blanco, todos han de ser lanzados al lago de fuego.

Las fronteras eternas no son trazadas al momento de la muerte física de cada persona humana, sino con ocasión de la segunda venida de Cristo. Eso significa que al momento de morir, nadie quedará para siempre en ese mismo lugar a donde vaya a parar en esa hora. Por ejemplo, el Hades estará funcionando sólo hasta cuando llegue el gran juicio final de todos los impíos que hasta ese momento lo estén ocupando; así como el funcionamiento como tal del «lago del fuego» entrará en vigencia en el momento mismo en que la bestia y el falso profeta sean apresados y lanzados vivos dentro de ese lugar de tormento eterno (cf. Ap. 19:20); el tercer personaje en ser lanzado en ese lugar será Satanás (cf. Ap. 20:10); claro, con todos sus demonios. Después serán lanzados todos los juzgados en el juicio del gran trono blanco; los mismos

que hayan sido sacados del Hades.

Claro, todos estos lugares de tormento y situaciones dolorosas existen por causa del pecado. Sin duda, el pecado corrompe; corroe el corazón de las personas. Por lo general, el pecado es una trampa mortal; al principio lo abrazas y lo disfrutas como un deleite; no obstante, pronto se va convirtiendo en tu vida en un tirano inexorable que te va dominando; y lo hace con una apabullante sutileza; a tal punto que, aun teniéndole asco, sigues aferrado a sus engaños. En definitiva, cuando Satanás engañó a Adán y a Eva, su intención primaria fue la de corromper la creación. El pecado tiene la fuerza necesaria para corromper la creación.

LA NUEVA CREACIÓN Y EL ESTADO ETERNO

Después de finalizado el reino milenial del Señor Jesús sobre las naciones, van a desaparecer los últimos vestigios de la catástrofe producida por el pecado. Eso significa que la influencia y la nefasta obra de Satanás serán completamente borradas de la creación de Dios. ¿Cuándo ocurrirá todo esto? En el momento en que el mal haya sido destruido para siempre; en que todos los agentes y protagonistas de la maldad y la perversidad hayan sido arrojados al lago de fuego; en la hora en que el juicio final haya finiquitado a tantos siglos de barbarie, y la muerte y el Hades hayan sido suprimidos por toda la eternidad.

Entonces, ¿qué hará Dios al respecto? Los exégetas, en su mayoría, son de la opinión de que Dios aniquilará totalmente la vieja creación; lo que significa que estaríamos frente a un *acto creativo* totalmente nuevo; sobre todo teniendo en cuenta el contexto de 2 Pedro 3:10,13. Otros lo analizan como una *renovación* de la antigua creación. De todas maneras, habrá un nuevo orden en todas las cosas.

«*Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más*» (Ap. 21.1).

Llegado, pues, ese momento escatológico, el viejo universo es visto inevitablemente contaminado por el pecado; de manera que es imprescindible que todas las cosas sean hechas nuevas. Al respecto existen dos vocablos griegos que se traducen «nuevo». Uno es «*neos*», que se usa para lo que es nuevo en el tiempo; de manera que se aplica a lo que ha llegado a existir recientemente. El otro es «*kainos*», que se refiere a la cualidad; es decir, a lo que empieza a demostrar nuevas características. Apocalipsis 21.1 usa el término «*kainos*».

Tenemos el caso de los hijos de Dios; que son todas las personas que, sin ser aniquiladas, experimentan un nuevo nacimiento al momento de creer en Jesucristo, y reciben de Dios la potestad de ser hechos hijos de Dios. De ellos dice la Palabra de Dios que son nuevas criaturas. En la siguiente cita la Escritura usa el término griego «*kainé*» para *nueva.* ¿Eso te dice algo?

«*De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura* (*creación*, en el original) *es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas*» (2 Co. 5:17).

Pero si las cosas han de ser consumidas por el fuego, eso significa que habrá un nuevo acto creativo por parte de Dios; de lo que se deduce que será creada una tierra nueva y un cielo nuevo, pues habrá un nuevo comienzo; es decir, será establecido un orden eterno completamente nuevo.

«*Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas.* [11]*Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¡cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir,*

[12]esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán! [13]Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia» (2 Pe. 3:10-13).

El día del Señor comprende todo el tiempo comprendido entre el momento de su regreso a la tierra, hasta que sea establecido un nuevo orden universal. Para que sea efectivo un nuevo orden eterno, es necesario que sea aniquilado totalmente el viejo orden, así como la antigua existencia contaminada por Satanás. Por tanto, se subentiende que la nueva creación será a la vez en el terreno físico como en el espiritual.

LA NUEVA JERUSALÉN

Una vez creados el cielo nuevo y la tierra nueva, ocurrirá un hecho apoteósico, descenderá del cielo la ciudad santa, la ciudad de Dios; se trata de la nueva Jerusalén. Para ese tiempo, la Jerusalén terrenal habrá cumplido su misión como sede del trono del Señor Jesús durante su reinado milenial; con esto, se subentiende que su historia habrá terminado.

«*Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. [3]Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios*» (Ap. 21:2-3).

Estas cosas las veremos luego del juicio del gran trono blanco. La nueva Jerusalén descenderá del cielo de Dios para ser la morada futura y eterna del pueblo de Dios, entre otras cosas.

«*Vino entonces a mí uno de los siete ángeles que*

tenían las siete copas llenas de las siete plagas postreras, y habló conmigo, diciendo: Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero» (Ap. 21.9).

En definitiva, en el nuevo estado eterno habrá una ciudad capital, que será tanto el centro del gobierno universal del reino de Dios, como el hogar de los elegidos,,y descrita tan esplendorosa, que es comparada asimismo como una esposa ataviada para su marido. Juan describe los límites de la santa ciudad, así como sus características y sus habitantes. Es posible que la descripción de la nueva Jerusalén esté redactada en un lenguaje poético y simbólico, como cuando la describe como un gigantesco cubo de doscientos cuarenta kilómetros tanto de ancho, como de largo y alto. Somos humanos, y no estamos en capacidad de imaginar ni describir la gloria de Dios; pero de lo que sí debemos estar seguros es que la gloria y la belleza de la nueva Jerusalén transcenderán con mucho la más cara imaginación y sentidos anhelos de los que hayamos de habitar la ciudad santa.

Dos

DIVERSAS CONNOTACIONES DE LA MUERTE EN EL SER HUMANO

LA MUERTE ENGENDRO DEL PECADO

«*Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte*» (1 Co. 15.26).

De entrada, debemos enfatizar que la muerte en sí no existirá para siempre. La muerte tuvo su comienzo, cuando fue engendrada por el pecado, pero la muerte también tendrá su final. La muerte entró en el mundo por el pecado. Es consolador conocer la revelación de que finalmente la muerte será destruida, pues el pecado desaparecerá de los seres humanos; la muerte será el último enemigo destruido. Entonces, por la gracia de Dios en Cristo, todas las derrotas temporales de los humanos, todas esas amargas agonías y sufrimientos, todas las cadenas y todos los engaños desaparecerán. Veremos una nueva humanidad poblando las naciones; hombres y mujeres, libres de todas esas nubes negras que aun en esta era manchan el cuerpo y la mente de los humanos, encaminándolos a la derrota.

¿Cuál fue el origen de la muerte? Hagamos claridad de la transcendencia de las palabras del Señor al hombre, cuando le dijo:

«*De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás*» (Gn, 2:16,17).

El escenario no era otro que el paraíso terrenal, el huerto del Edén. Cuando el hombre comió del árbol prohibido, pecó y sobrevino una separación entre Dios y el hombre; eso significa que el ser humano murió espiritualmente, con la subsecuente muerte biológica. No obstante, Dios le prometió un redentor; pero fue revelado que quien rechazara la redención de Dios, sufriría una segunda muerte; es decir, la separación eterna y definitiva entre los condenados y Dios. Pero es necesario conocer los alcances de la muerte, y sus diferentes estadios en la historia de cada ser humano.

LA PRIMERA MUERTE

Cuando las Escrituras revelan la existencia de la segunda muerte, es porque existe una primera muerte, la cual no es otra que la provocada por el pecado. Muchos están convencidos de que la primera muerte es la muerte física, por la que tiene que atravesar todo el mundo al momento de abandonar este cuerpo mortal; pero la realidad es que la primera muerte no es otra que el pecado, el cual produce separación entre Dios y el hombre. El hombre fue creado sin pecado; para ese entonces, para el hombre no existía muerte alguna, ni espiritual ni biológica. Claro, todavía el hombre no participaba de la naturaleza divina ni había recibido la vida de Cristo, pero el poder de la muerte no había llegado hasta el ser humano.

Entonces, que quede claro que antes de la caída, el hombre no podía concebir la gravedad del pecado, y de que la muerte espiritual sería causada por el pecado; eso significa que la paga del pecado es muerte; esa es su sentencia condenatoria. Separación de Dios. «*Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro*» (Ro. 6.23).

«*Entonces la concupiscencia, después que ha concebi-*

do, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte» (Stg. 1.15).

Antes de la caída, Dios le había dicho al hombre: «*...mas del árbol del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comieres, ciertamente morirás*» (Gn. 2.17). La raíz de la muerte es el pecado. El día que el hombre pecó murió espiritualmente; entonces el pecado dio origen tanto a la muerte espiritual como a la muerte biológica en toda la especie humana.

Pero lo más grave es que la muerte espiritual también es heredada. Eso trajo como consecuencia que todos los hombres nacieran muertos espiritualmente, sometidos a la tiranía del reino de las tinieblas. Aclaramos que la muerte no significa aniquilación ontológica; es decir, cesación o destrucción del ser, sino separación. Con el pecado, el hombre sufrió la separación de Dios, y murió espiritualmente; asimismo sucede con la muerte biológica. Dado que el hombre es un ser espiritual, al morir físicamente, el hombre sufre la separación del cuerpo físico. Es decir, cuando murió el espíritu del ser humano, todas las demás partes, su alma y su cuerpo, se perdieron; por eso todo ser humano necesita ser salvo, y liberado del poder de la muerte espiritual.

Antes de la encarnación del Verbo de Dios, el profeta Isaías declara en qué consiste la primera muerte. «*...vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír*» (Is. 59.2). Pero Dios, por medio de su Hijo Jesucristo, hizo la provisión para que el hombre volviera a tener vida espiritual. «*Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados*» (Ef. 2.1).

¿A quién le da vida Cristo? A la persona que se arrepiente y cree; a toda persona que admite que es pecadora; a la persona que cambia de modo de pensar y

aborrece la maldad. Hasta ese momento hubo muerte eterna para ese individuo; su espíritu recibe vida eterna. Pero ¿qué sucede con su alma? Explicamos esto con palabras sencillas: Cuando una persona cree en Cristo, el espíritu humano recibe la vida de Dios, y en ese momento empieza la tarea de la salvación de su alma, lo que se conoce como santificación. Es un proceso que va de la mano con un cambio y renovación del entendimiento de cada persona.

Entonces, la Palabra nos confirma que el pecado engendró la primera muerte. «*Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron*» (Ro. 5.12). Aquí se refiere tanto a la primera muerte, la muerte espiritual por el pecado, como a la muerte biológica, la temporal, cuando abandonamos nuestro cuerpo terrenal.

LA MUERTE BIOLÓGICA

«*Con el sudor de tu frente comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás*» (Gn. 3.19).

Entonces, la primera muerte, la muerte espiritual, es el pecado; pero eso originó y también ocasionó una muerte intermedia, la muerte biológica, que es cuando nos separamos de este cuerpo mortal, que nos sirve como vehículo para comunicarnos con este mundo material. A esa muerte se refiere la siguiente cita de la carta a los Hebreos.

«*Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio*» (He. 9.27).

Como consecuencia de la muerte espiritual, al hombre le sobrevino la muerte física; que no es otra cosa que la

separación del alma del cuerpo humano. Y este punto lo reiteramos debido a que el cuerpo físico que se desintegra al morir, también será tenido en cuenta al momento de la resurrección. Cuando el alma se separa del cuerpo, las partículas que componen ese cuerpo no se aniquilan; no importa que le hayan practicado la cremación. Son partículas que Dios le ha asignado a cada persona humana en particular. En algún lugar de la tierra han de aparecer las cenizas; y, en el caso de los hijos de Dios, al final serán juntadas para ser transformadas en un cuerpo glorioso (cf. 1 Co. 15:51,52).

Cuando en la eternidad no haya más pecado en la humanidad, no habrá más muerte; la muerte habrá sido lanzada entonces al lago de fuego juntamente con el Hades; porque el Hades existe por causa de que existe la muerte. La muerte y el Hades serán consumidos en el lago de fuego; pero los que hayan habitado temporalmente en el Hades, serán resucitados para ser juzgados, y su sentencia será la segunda muerte, el lago de fuego.

Recuérdese siempre que el pecado y la muerte son aliados, y ambos han de perecer en el lago de fuego. Pero, como lo hemos reiterado, el Hades en la actualidad es el nauseabundo receptáculo temporal de las víctimas irredentas de la muerte espiritual, cuando les sorprende la muerte física.

Por la Palabra de Dios sabemos que quien desciende al Hades al momento de morir biológicamente, de seguro que su destino es finalmente sufrir la segunda muerte al ser lanzado en el lago de fuego.

EL ESTADO INTERMEDIO DE LOS SANTOS

«*Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos. Y por esto también gemimos, deseando ser*

revestidos de aquella nuestra habitación celestial; pues así seremos hallados vestidos, y no desnudos. Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida» (2 Co. 5:1-4).

En este contexto, la Palabra de Dios habla del cuerpo como un tabernáculo; es decir, una tienda o carpa móvil que sirve como residencia temporal en algún lugar de peregrinación; y, claro, ese tabernáculo sufre una desintegración como consecuencia de la muerte biológica. En su reemplazo, el creyente espera la casa espiritual eterna, en los cielos, que Dios le ha preparado. Pero para recibir esa habitación espiritual, el creyente fallecido deberá esperar una temporada en el Paraíso celestial. En el caso particular de Pablo, él manifiesta el deseo de ser vestido con esa habitación celestial, a fin de escapar del estado temporal incorpóreo en el Paraíso, luego de la muerte, y que que el apóstol llama desnudez. A pesar de la gran ansiedad que pueda producirnos tal perspectiva, nosotros como hijos de Dios, sabemos que Dios lo hace todo perfecto, pues el Espíritu que mora en nosotros es la mejor prenda y fianza de que la mortalidad del hombre redimido será absorbida por la vida de Dios.

«*Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu. Así que vivimos confiados siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor* 7*(porque por fe andamos, no por vista);* 8*pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor*» (2 Co. 5:5-8).

Este contexto bíblico nos revela la supervivencia del alma. Pablo habla de la posibilidad del estado incorpóreo, el estado de inmortalidad del alma antes de que sea cubierta por el cuerpo espiritual con ocasión de la venida

de Cristo. Él pudo haberlo presenciado en el Paraíso, cuando fue arrebatado al tercer cielo. Ahora moramos en un tabernáculo terrenal, una tienda temporal, pues somos extranjeros y peregrinos en este mundo. Siempre, a cada instante, estamos en peligro de sufrir la muerte física. El caso es que existen seres humanos que aun estando viviendo en esta tierra, ya tienen vida eterna; son los hijos de Dios; los redimidos por la sangre vertida por el Señor Jesús. Lo terrible es que le sorprenda la muerte física a alguien que esté muerto espiritualmente. Siempre estamos al borde de sufrir la muerte física; pero llegado ese trance, la existencia continúa, y la muerte biológica no puede destruir la personalidad.

Por analogía, el tabernáculo del desierto representa al cuerpo físico; el templo de Jerusalén representa al cuerpo espiritual. Claro, hay mucha diferencia entre la tienda y el templo. El tabernáculo es el tipo de morada que se levanta por algún tiempo, a fin de que cumpla un fin limitado; pero que es desmantelado una vez se llega a tener una morada fija, construida con materiales duraderos. El desmantelamiento de nuestro tabernáculo terrenal indica la muerte física.

A fin de cumplir con las diferentes misiones encomendadas por el Señor, nos basta este cuerpo que tenemos ahora. Cuando el Señor regrese, recibiremos el cuerpo espiritual eterno; el cual será adaptado a las condiciones de las nuevas misiones en el reino milenial. Mientras permanecemos en esta tierra, gemimos por causa de la fragilidad, de la debilidad, del dolor, de las angustias, de las limitaciones, y la continua amenaza de muerte. Pablo contempla que la muerte es anulada; como si dijéramos que Pablo vio cómo finalmente la muerte murió, desapareció; cómo fue absorbida; como si al apóstol se le hubiera dado la oportunidad de presenciar el funeral de la muerte.

La inmortalidad es algo que va más allá del simple hecho de existir eternamente. La inmortalidad sin Dios no sería digna de ser poseída. Dios es la fuente original de toda vida, del genuino bienestar espiritual, de la auténtica felicidad, de la victoria sobre el mal. Dios y sólo Él, es quien garantiza que la inmortalidad sea la auténtica puerta de acceso a una existencia superior, útil y de plena satisfacción y realización. La auténtica inmortalidad consiste en la participación de la naturaleza divina; aspecto de lo cual no gozan ni siquiera los ángeles.

Existen corrientes religiosas que enseñan que el alma se dedica a dormir después de la muerte física. Para Pablo, ni para ningún otro autor de las Sagradas Escrituras, no existe doctrina alguna que sustente lo del sueño del alma. Cuando las páginas de la Biblia hablan de los santos que han dormido, se refieren a aquellas personas al momento de morir, se van de este mundo como hijos de Dios. Pablo enseña la realidad de la inmortalidad. Entonces, toda persona humana continuará existiendo después de la muerte física.

LA MUERTE SEGUNDA

La vida eterna es un regalo de Dios; en cambio, alguien puede decir que la muerte es lo que paga el diablo al que peca; pero, la realidad es que la muerte es el salario del pecador; es su sentencia. Entonces, ¿qué pasará al final de los tiempos con los impíos muertos? ¿Se quedarán en el mismo sitio donde están ahora? No; serán resucitados, juzgados y lanzados a otro lugar de eterna permanencia; pero permanencia de condenación.

«*Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda*» (Ap. 20.13,14).

El escenario de este texto bíblico es escatológico, y se desarrollará en el marco del juicio final, al término de los mil años del reinado de Cristo en esta tierra, cuando los muertos en pecado resuciten y sean juzgados ante el gran trono blanco presidido por Jesucristo. En la solemnidad que revestirá aquel gran acontecimiento, serán abiertos por lo menos tres libros: el libro de la vida, y otros dos, que serían el libro de la memoria y el libro de las obras; pues, los muertos serán juzgados según sus obras, las cuales estarán allí registradas en estricto y riguroso detalle. Por otro lado, la ausencia de los nombres de los muertos en pecado en el libro de la vida, es motivo suficiente para la sentencia que se les ha de dictar: han de ser lanzados en un espantoso lago de fuego. Esta es la muerte segunda. No hay apelación.

«*Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego*» (Ap. 20.15).

Esta es la muerte segunda. Sin apelación, serán atormentados allí día y noche por los siglos de los siglos (cf. Ap. 20.10). El juicio será preciso, justo, obedeciendo a la ley de la cosecha según la siembra (cf. Gá. 6.7,8). El escenario del lago de fuego, también llamado Gehena, consolida la separación definitiva de demonios, ángeles caídos y cuantiosos seres humanos por parte de Dios. Entonces, además, en el lago de fuego estarán confinados asimismo Satanás y sus demonios, la bestia y el falso profeta. Para todos ellos ya no habrá ninguna esperanza.

Como lo hemos anotado, la muerte, es decir, toda muerte en el género humano, no es otra cosa que separación. Esto significa que la muerte segunda comprende la separación definitiva y eterna entre los perdidos y Dios. Todo aquel que reciba esta sentencia ya no tendrá esperanza alguna de algún vestigio de salvación. Los que sean lanzados en ese lago de fuego y azufre, seguramente les sucederá como a Satanás y sus demonios, a la

bestia y al falso profeta, que serán atormentados allí día y noche por los siglos de los siglos (cf. Ap. 20.10).

¿Qué es, pues, el lago de fuego? La Palabra de Dios no da muchos detalles de su descripción; pero lo que revela, basta. Es un lugar de tormento eterno que aun no ha sido inaugurado. Es el destino final y eterno de Lucifer, el querubín rebelde, y de todos los demonios, aquellos ángeles que se dejaron arrastrar por él desde el cielo de Dios, así como de la totalidad de los impíos que han pasado por la historia entera de la humanidad. En realidad, allí no cesará la vida ontológica, es decir, la existencia de los seres humanos, diabólicos o angelicales que sean lanzados a ese lugar, sino que el hecho de ser lanzado en ese lugar significa la separación eterna de Dios.

Sí; hay algo curioso en esto, y es que allí nadie va a desaparecer, ni a pasar por un proceso de aniquilación (que sería el total descanso); sino que en la Gehena, todos los condenados, grandes y pequeños, siempre estarán en una permanente agonía de muerte, sin que jamás acaben muriéndose; es decir, sin que jamás acaben por desaparecer del todo. En el lago de fuego, los condenados no tendrán reposo ni de día ni de noche (cf. Ap. 14.11); eso significa que permanentemente estarán conscientes, viviendo su eterna agonía. Eso es la muerte eterna, la misma que contrasta con la vida eterna.

La segunda muerte traduce todo el peso de la justicia de Dios ejercida en el marco del juicio final, o juicio del gran trono blanco, donde comparecerán todos los que no alcanzaron a recibir la verdadera vida de Cristo; es decir, aquellos que no participen de la vida divina, esa vida que sólo Dios posee. Claro, la revelación indica que el hecho de que los perdidos sean juzgados por sus obras, implicaría diferentes grados de condenación. Por ejemplo, dice el Señor:

«*Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas; porque devoráis las casas de las viudas; y como pretexto hacéis largas oraciones; por esto recibiréis mayor condenación*» (Mt. 23.14).

Con toda certeza, la vida eterna sólo está en Dios, y Él nos la ha dado a los que hemos creído y nos hayamos arrepentido, pues Él ha venido a morar en nosotros. Por otra parte, quien no participe desde ahora de la naturaleza divina, la de Dios, sencillamente está muerto. «...*por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia*» (2 Pe. 1.4).

Cuando una persona se arrepiente de veras, se escapa de la corrupción que impera en el mundo. Cuando la corrupción va perdiendo su poder, se va incrementando la perfección. La perfección es el gran objetivo para todo vencedor. La vida eterna no consiste meramente en la sobrevivencia del alma más allá del umbral de la muerte física. La vida eterna es una forma de existencia muy elevada. Recuérdese que es la vida misma de Cristo. Pero la realidad es que, en el marco de la muerte biológica, los seres humanos no se quedan en el sepulcro; allí sólo quedarán sus despojos mortales; sus almas ascienden a lugares celestiales, si tienen en sí la vida de Dios; o descienden al Hades en las profundidades de la tierra, debido a que espiritualmente están muertos, y al final les serán trazadas fronteras horribles en el marco de la muerte segunda.

Entonces, nos va quedando más claro entender que la primera muerte fue la muerte del espíritu, y la segunda muerte tiene que ver con la muerte definitivamente del alma.

SUFRIR DAÑO DE LA SEGUNDA MUERTE

Este tema es de los más difíciles de creer, de enseñar con la debida coherencia, y de ser admitido por la inmensa mayoría de los creyentes de toda la historia. A veces, cuando lo hemos expuesto, algunos nos han tildado de que estamos afirmando la existencia del *purgatorio*. Pero, ¿de qué se trata todo esto? Para entender este aspecto sumamente importante de la existencia después de la muerte física, tengamos en cuenta que todos los hijos de Dios que gustemos esa muerte, inmediatamente, en primera instancia, vamos al Paraíso, en el tercer cielo. Ningún creyente en Jesucristo, ninguna persona nacida de nuevo, desciende al Hades. El Señor Jesús dijo: «...*las puertas del Hades no prevalecerán contra la iglesia*» (Mt. 16.18); es decir, las puertas de ese lugar de tormento no se abrirán para recibir a ningún siervo de Dios. Y todos los que hayan gustado la muerte física vendrán desde el Paraíso con el Señor en su venida para ser resucitados (cf. 1 Ts. 4.14), y luego dar cuenta de todos sus actos frente al tribunal de Cristo (cf. 2 Co. 5.10). La cuestión radica en ¿qué sucederá una vez rindamos cuenta de nuestras obras?

Reconozco que es un tema pesado, pero estas cosas hay que conocerlas y creerlas. Ya hemos visto lo que significa la segunda muerte, que es lo que les espera a los impíos; pero a ciertos creyentes les puede esperar algún coletazo de la segunda muerte; es decir, les puede esperar algún grado de sufrimiento temporal después de abandonar esta tierra. Dice el Señor en la carta a la iglesia en Esmirna: «*El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte*» (Ap. 2.11b). ¿Qué encierra esta declaración? ¿Significa que hay creyentes que no vencen, y por ende sí sufrirán esa clase de daño?

Hay creyentes que, a pesar de que son hijos de Dios, a pesar de que son salvos por gracia, y lo son eternamen-

te, no obstante de que son morada del Espíritu Santo, a pesar de todo eso, se han acostumbrado a llevar una vida inclinada a la moral del mundo; no han cambiado de modo de pensar; entonces su crecimiento espiritual es muy pobre; conocen muy poco de Jesucristo; y uno ve que más que una vida piadosa, se acostumbran a las prácticas religiosas, no hacen la voluntad de Dios, y no quieren renunciar a las exigencias de su yo, de su alma, de sus antiguas costumbres mundanas.

Eso significa que hay salvos, hijos de Dios, cuyas obras son muy parecidas a los perdidos del mundo. Si los sorprende la muerte en ese estado de pobreza espiritual y desobediencia, cuando venga el Señor, les puede suceder parecido a las cinco vírgenes insensatas de la parábola de las diez vírgenes; esto es, no entrarán en las bodas del Cordero ni al milenio con el Señor; y como consecuencia, serán confinados en las tinieblas de afuera durante un tiempo demasiado largo, donde sufrirán una fuerte y dolorosa disciplina salvadora.

¡Eso no puede ser! ¡Ya Cristo pagó por nuestra redención!, dirán algunos. Sí, eso es cierto; pero ¿qué hay de nuestra conducta como hijos de Dios? ¿Acaso en la iglesia todos estamos al mismo nivel de santificación, espiritualidad y obediencia? Ya hemos hablado de las tinieblas de afuera. Las tinieblas de afuera no son para los impíos, sino para creyentes que no hayan pagado el precio; que, aun siendo hijos de Dios, no hayan obedecido la voluntad de Dios. Ser echados en las tinieblas de afuera, no significa que ese creyente será lanzado en el lago de fuego, pues allí sólo serán lanzados aquellos cuyos nombres no estén escritos en el libro de la vida, o sea, los perdidos eternamente. «*Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego*» (Ap. 20.15).

Ahora, si las puertas del Hades no tienen potestad

sobre los santos, mucho menos la tendrán las puertas del lago de fuego. La segunda muerte carece de potestad sobre los salvados. «*Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos*...» (Ap. 20.6).

Ahora bien, no es lo mismo ser echado en el lago de fuego, que es la segunda muerte, que sufrir daño de la segunda muerte. Ser echado en las tinieblas de afuera es tan doloroso como sufrir daño de la segunda muerte, por cuanto es un proceso de salvación del alma del creyente. Por eso en Mateo 5.22, la Palabra declara que el creyente no vencedor «*quedará expuesto al infierno de fuego*», no lanzado en el infierno de fuego.

Me llama la atención la declaración de las Escrituras en el evangelio de Lucas. «*Buena es la sal; mas si la sal se hiciere insípida, ¿con qué se sazonará? Ni para la tierra ni para el muladar es útil; la arrojan fuera. El que tiene oídos para oír, oiga*» (Lc. 14.34,35). ¿Qué significa eso? Los creyentes en Cristo, como hijos de Dios, somos la sal de la tierra (cf. Mt. 5.13), y entre nosotros, al final, en el tribunal de Cristo, muchos, millones, serán encontrados como la sal insípida, sin testimonio santo, sin obediencia, mundanos; ellos serán salvos pero no recibirán galardón alguno (cf. 1 Co. 3.15); entonces, eso significa que no podrán entrar en el reino con Cristo (aquí en la tierra); tampoco los arrojarán el muladar (la Gehena), porque son hijos de Dios y no han sido condenados a la muerte segunda. Entonces, ¿qué harán con ellos? Los arrojarán fuera, a las tinieblas de afuera, para ser disciplinados (cf. Mt. 25.30).

Hay otro detalle de lo que puede ocurrir en la esfera de las tinieblas de afuera. Lo encontramos en el evangelio de Lucas, en el marco de la parábola del siervo infiel. Recuérdese que nosotros somos los siervos del Señor Jesucristo.

«*Aquel siervo que reconociendo la voluntad de su señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. Mas el que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco; porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá*» (Lc. 12.47,48).

Como colofón se me ocurre anotar que la muerte espiritual es la verdadera alienación del ser humano. Quien no conoce a Dios ni tiene comunión con el Padre a través de Jesucristo, pasa por el mundo viviendo una vida arruinada; ha perdido su identidad. Pero nosotros, los hijos de Dios, de seguro no perderemos nuestra identidad ni nuestra salvación, pero sí podemos perder tanto la participación en las bodas del Cordero como el estar reinando con Cristo en su reino milenial.

Tres

ENCARANDO LA MUERTE

NUESTRA ACTITUD FRENTE A LA MUERTE

Sí, es verdad; el temor a la muerte es algo innato en el ser humano. ¿Por qué razón? Una causa importante de ese temor a la muerte está relacionada con la incertidumbre de lo que nos sobrevendrá desde el momento en que tengamos que enfrentar ese trágico e irreversible momento. Sobre todo ocurre en aquellos que pasan por este mundo alejados de todo conocimiento de Dios. Esas personas no tienen ningún grado de esperanza. Es imposible que la tengan. Además de lo anterior, a menudo las personas se aferran a los intereses de este mundo, a sus amores, querencias y prioridades.

«*Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza*» (1 Ts. 4:13).

El apóstol hace hincapié en el sentido de que ningún creyente debe ignorar nuestra suerte y destino una vez que partamos de este mundo. Para los hijos de Dios, la muerte biológica es intrascendente, ni hay necesidad de tomarla como algo misterioso y complicado, pues la muerte física sólo nos traslada a una estadía temporal en el Paraíso, que es el escenario ubicado en el tercer cielo, donde tendremos acceso a la presencia del Señor. Del mismo modo será un período de descanso, pues desde el momento mismo en que es separado del cuerpo mortal, el creyente ya deja de sufrir dolores, enfermedades, tribulaciones, opresiones, preocupaciones, angustias,

persecuciones; en fin.

El apóstol Pablo le dice a los tesalonicenses, «*tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen*». Como es obvio, en el contexto de esta revelación, cuando el apóstol se refiere a los que *duermen*, usa una metáfora para referirse a los santos que ya han sufrido la muerte biológica; el apóstol usa un eufemismo para referirse a los creyentes que han fallecido, y que han sido llevados al Paraíso, en el tercer cielo.

El tercer cielo es una esfera gloriosa fuera de las limitaciones del tiempo. Todo hijo de Dios, al morir es llevado por los ángeles al Paraíso, donde permanecerá hasta el regreso del Señor, quien los traerá a fin de que resuciten al llegar de nuevo a la Tierra. En el Paraíso, hasta ese día, los santos permanecen ausentes del cuerpo, pero presentes al Señor (cf. 2 Co. 5:8). Eso es revelado con toda claridad en las Escrituras.

También les dice el apóstol a los tesalonicenses: «*No os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza*». ¿Quiénes son esos que no tienen esperanza? Son los que no conocen a Jesucristo ni pueden confiar en Él. Los que ni siquiera su religión les dio seguridad de lo que les vendría a partir de la muerte; de manera que no están seguros de que la muerte física los lleva a creer en una existencia mejor. Por esa razón, permanecen presas del miedo a que la muerte los sorprenda y los traslade lejos de su existencia terrena, a una esfera incierta. Todas estas personas centran su atención con demasiado énfasis en la vida terrenal y en los intereses de la carne, pues viven convencidos de que todo el sentido de la existencia está relacionado con la materia.

¿Por qué razón, aquellos que no conocen a Cristo se entristecen de esa manera cuando se les muere un ser querido? Porque piensan que se les va para siempre; como tampoco tienen conocimiento de para dónde van

sus muertos, qué será de ellos; si es que tienen idea de una vida de ultratumba. En fin, la muerte es una verdadera tragedia para los seres humanos que habitan en la oscuridad. Carecen de toda esperanza. Sí, es verdad, los creyentes lloran a sus seres amados cuando fallecen; pero albergan la esperanza de volverlos a ver, además de saber que son llevados a la bienaventurada presencia del Señor.

Entonces, frente a la muerte, los hijos de Dios no debemos darle rienda suelta a nuestra tristeza; pues la muerte no es la destrucción final, ni mucho menos la aniquilación. Si el mundo tuviese conciencia de que la muerte no acaba con nuestra existencia, nadie se suicidaría. ¿Qué le puede esperar al suicida? El aparente medicamento o solución a sus problemas, vendría a tener efectos peores que la enfermedad, o los motivos que lo arrastraron al suicidio.

Pablo habla de aquellos que no tienen esperanza. La esperanza puede mirarse bajo dos aspectos, uno objetivo y el otro subjetivo. El aspecto objetivo es el que se relaciona con aquello que se espera, o de quién se espera. En esto podemos enfatizar nuestro futuro encuentro con el Señor en su venida, y sus promesas. Pero para ello es necesario una previa condición de seguridad subjetiva, personal, íntima. La esperanza subjetiva, íntima, es el motor que hace realidad la esperanza objetiva. Los incrédulos carecen de esta comprensión, de manera que no esperan nada. Quien no haya creído en Cristo, no puede abrigar ninguna auténtica esperanza; eso sólo sucede cuando la persona entrega su vida en las manos del Señor; como lo ilustra Pablo en Efesios 2:12: «*En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo*».

Para entender estas cosas es necesario conocer que

los humanos somos seres espirituales, y como tales, nuestra existencia transciende más allá de nuestra estadía en esta tierra. Además, los seres humanos somos tripartitos por creación, pues estamos conformados por cuerpo, alma y espíritu.

«*Entonces Yahveh Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vidas* (plural en el original)*, y fue el hombre un ser viviente*» (Gn. 2:7).

¿Cómo comprender esto? Al impacto del aliento (espíritu) de vidas de Dios con el cuerpo, el hombre vino a ser un alma viviente; esto significa que llegó tener vida autónoma e individual. De manera que al alma humana se le puede definir como la vida natural del cuerpo. Conforme esa definición, vemos, pues, que el alma define nuestra identidad personal, la sustenta y consolida. ¿Por qué? Porque en el alma se define nuestro entendimiento, nuestros sentimientos y nuestra voluntad, así como nuestra propia conciencia.

Vemos, pues. que el hombre vino a ser un ser viviente. Así lo podemos definir mientras vivimos en este cuerpo terrenal. No obstante, después que haya alcanzado salir de esta esfera terrenal, ya en el estadio después de la resurrección, el alma alcanzará un elevado estado de glorificación cuando reciba su nuevo vehículo, el cuerpo glorioso, en el cual será restaurada su personalidad a plenitud. Esto es aplicable en el caso de los hijos de Dios.

Debemos aclarar que el alma humana, bajo cualquier descripción de inmaterialidad, no está formada por partículas atómicas. El alma en sí es inmaterial; pero Dios le tiene un cuerpo glorioso para toda la eternidad, que será su poderoso vehículo en las esferas eternas. Recordemos que Dios nos hizo debido a que nos quiere junto a Él. Él quiere que le disfrutemos, y desea compartir con nosotros su amor en plenitud.

EL ENCUENTRO CON LA MUERTE

Una persona invadida por el temor a la muerte, fácilmente es presa de reacciones tanto físicas como psicológicas. En ese aciago momento cualquier corazón puede desfallecer. Es necesario que cada individuo asuma la realidad de su enfrentamiento con el hecho brutal de la muerte física; que eventualmente puede ser un acontecimiento catastrófico, pues el hombre es un ser espiritual, y tarde o temprano debe abandonar esta morada física, y enfrentarse con su realidad eterna; sea de su agrado o no. El cuerpo es tan sólo un frágil vehículo en esta esfera terrenal de la existencia humana. Muy frágil, por cierto. El alma y el espíritu seguirán existiendo. Si la persona piensa que su alma no es transcendental, eso significa que está convencido de que tampoco tiene destino eterno. Craso error.

Cada individuo necesita afrontar el brutal dolor de la muerte física; pero si eres un hijo de Dios, la fe te ha quitado el velo, y en esa condición podrás tener la seguridad de que la muerte física no mata; sólo te separa de un cuerpo mortal. Sin embargo, a pesar de nuestra fe y de todo el conocimiento que hayamos adquirido, instintivamente nos alejamos, tratando de esquivar la muerte; incluso, ante el mero pensamiento de lo fatal. Pero, por mucho que los humanos se aferren a esta vida, y de que piensen que la inmortalidad es un mero mito, el hombre, en su intimidad, experimenta la necesidad de descubrir alguna manera de afrontar la horrenda realidad de la muerte.

Cuando una persona ha experimentado el nuevo nacimiento; es decir, ha nacido a una vida espiritual que le ofrece Dios, y ya en esa esfera empieza a ver muchas cosas que antes no veía porque estaba ciego, entonces experimenta que en su vida se va descorriendo un velo; es decir, puede constatar cómo se va desvaneciendo una

negra cortina que le cerraba el paso a la luz; y se le es esclarecido un hecho real, que más bien parece una paradoja. ¿Cuál es esa paradoja? Que la muerte física en realidad no es fatal; es decir, la muerte física no mata. La muerte física sólo consiste en despojarnos de este estuche terrenal.

Pero lo curioso es que para las personas que no conocen a Dios, me refiero al único Dios verdadero, al Padre de nuestro Señor Jesucristo, e incluso para muchos creyentes, a pesar de su fe e incipiente conocimiento, instintivamente la persona retrocede ante la amenaza de la muerte, ante el mero pensamiento de peligro de fallecer. Pero es una realidad que millones de personas temen a la muerte por el simple hecho de que ignoran a dónde van a parar más allá del umbral de la muerte; como también a que continúan aferrados a sus concupiscencias e intereses carnales.

No obstante, la inmortalidad es el objetivo de toda la existencia; es su destino inexorable. Como hijos de Dios, nuestra inmortalidad significa ser partícipes de la propia vida divina. La divina es una forma especial de vida, y no sólo una existencia sin fin. De manera, pues, que todo individuo debe asumir con suma seriedad la responsabilidad de encontrar su camino y enfrentar esa severa realidad. Dios nos ha dado la libertad de usar nuestra voluntad. Dios no es un tirano como para tratar de forzarnos a que tomemos una decisión en contra de nuestra propia voluntad. Entonces, el hombre elige hacer el bien o el mal cuando le plazca, y encaminar el rumbo de su vida a su antojo. Dios es sumamente respetuoso de nuestra voluntad y libre albedrío

No quiero parecer como repetitivo, pero es necesario insistir en que toda la existencia humana va más allá de esta vida física, y que la existencia eterna no es un mito. Es una lástima que muchos, muchísimos, dejen esa

preocupación en manos de otros, en manos de las creencias religiosas que les prometen existencia feliz en el más allá, en el cielo, o en una especie de nirvana; y para ello suelen usar medios falsos y fraudulentos. En el mundo existen profesionales del fraude religioso. Y mucha gente invierte gruesas sumas de dinero y se las entregan a esos mismos maestros del engaño que les pintan esas falsas promesas ritualistas.

Por otro lado, téngase en cuenta que la eternidad no está sujeta a la percepción de los sentidos; y por lo tanto, no puede ser objeto de investigaciones científicas. Lo que sí es cierto es que en torno de la eternidad se ha especulado hasta la saciedad. Una de las características de diversas religiones, cristianas o profanas, es que involucran en su haber ciertos dogmas y mitos absurdos. Pero Dios no ha dejado al hombre a la deriva. Dios ha hecho su poderosa provisión para rescatar al hombre, pero al que quiera ser rescatado. Dios ha enviado a su Hijo, a Jesucristo, para que revele quién es Dios, para que revele los propósitos de Dios para con el hombre. Jesucristo es una persona eterna, pero también es una persona histórica. Dios ha incursionado en la vida del hombre. Jesucristo vino a salvar al hombre de su fatalidad eterna.

Por lo general, mediante la razón y la intuición, el hombre puede llegar a conocer determinadas verdades básicas, como la existencia de Dios y del alma, la necesidad de justicia, la necesidad de recompensa y castigo. Pero una cosa es tener conocimiento de ciertas verdades fundamentales, y otra es conocer quién es Dios y sus propósitos, y quién es su Hijo, Jesucristo, lo cual sólo se logra por revelación.

Dios necesita que todos los que crean y sean salvos, se arrepientan; que su mente sea renovada, que lleguen a pensar diferente; que cada día puedan pensar mejor que el día anterior; que cada uno llegue a pensar como

piensa Dios; que su crecimiento espiritual no se estanque, hasta que llegue a ser una auténtica nueva criatura. Que ese hecho llegue a ser visible. A Dios no le sirve una cantidad de pecadores que, aunque perdonados, sigan huyendo de Dios, viviendo en su propia voluntad. En mis modestos análisis de los asuntos escatológicos, una y otra vez reitero, con el peligro de volverme fastidioso, que lo que nos espera a raíz de la venida del Señor Jesucristo, es muy serio y transcendental. Cada uno de nosotros, mientras estamos viviendo en esta tierra, nos vamos encargando de ir armando lo que nos va a tocar enfrentar, y el lugar y posición que vamos a ocupar.

Si somos hijos de Dios, Él no va a juzgar nuestra salvación, sino cada uno de nuestros actos e intenciones, buenos y malos; y a raíz de allí vienen las consecuencias. Es perentorio que cada creyente experimente una profunda transformación moral; con nuevas costumbres y renovados pasos; y para ello es necesario que se tenga un pensamiento renovado e iluminado. Cuando la persona persiste en el pecado, en las inclinaciones del viejo hombre, continúa su vida huyendo de Dios; escondiéndose del Ser que lo creó y que lo quiere salvar.

Es bueno reflexionar con seriedad acerca de estos puntos. Dios busca gente que le escuche; no sólo con los oídos físicos, sino con los espirituales. Es fácil escuchar sermones toda una vida; el peligro es que todo ese acerbo de información, no penetre en tu conciencia. Una persona puede tener la Palabra de Dios frente a ella, en la Biblia; o incluso, en su interior, en su mente, pero puede no escucharla. ¿Qué significa eso? Que Dios te habla y tú no lo escuchas. Incluso puede darse el caso de que la persona se dedique a predicar el mensaje extraído de la Biblia. En verdad, eso no tiene complicaciones. Incluso, la Bibliología pudo haber sido una de sus asignaturas favoritas en el seminario; pero lo grave es que no la escucha; para esa persona puede tratarse de una nebulo-

sa en el mundo de la retórica; no importa que se destaque por su expresiva elocuencia, erudición y singular personalidad.

«*El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias*» (Ap. 3:22).

Dios es perfecto. Todos podríamos entender esta verdad; sin duda, entonces, el standard de Dios no puede ser menos que la perfección. Ninguna de sus criaturas es perfecta; ninguno de nosotros es perfecto, por mucho que se nos dé por alardear de que lo somos; y nadie llegará a poseer jamás la perfección de Dios; pero es el deseo del Padre que nos vayamos perfeccionando. Claro, jamás lograremos ser perfectos como Él es perfecto; pero es necesario que nos vayamos perfeccionando por toda una eternidad. El caso es que es nuestro deber que comencemos ahora.

Apéndice I

SI SE HUMILLARE MI PUEBLO

«*Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren...*»
(2 Cr. 7:14).

Al hablar de la transcendencia del alma más allá de la sepultura, es importante tener en cuenta que esta vida apenas es el comienzo de una prolongada y eterna existencia. Cuando observo a la gente dedicada a sus quehaceres cotidianos, sus inclinaciones, corrupciones y prioridades, es inevitable que a menudo medite en todo lo que nos espera después del trance de la muerte. Cada día veo con mayor claridad estas cosas; de cómo lo que hacemos ahora, absolutamente todo, y la motivación que nos conduce a eso, ha de afectar en lo que nos espera cuando dejemos para siempre este mundo. Y esto se aplica en todas las esferas de la sociedad; al predicador, al agente de policía, al sacerdote de cualquier religión, el conductor de ómnibus, el campesino; al empresario, al brigadier general, a los ídolos del entretenimiento, en fin; todos al nacer reciben una responsabilidad que cumplir. No obstante, la gente pasa su vida preocupándose por los valores perecederos; por qué comeré, qué vestiré, dónde viviré; qué hacer para recibir aplausos y reconocimiento de la gente; y las masas corren de aquí para allá en esos afanes, llenos de temores, de preocupaciones, de inconstancias y de codicias. Engañando y siendo engañados; en un mar de incertidumbres y hasta de tristezas.

Pero nada de eso tiene valor cuando Dios está por fuera de tu vida y de tu entorno, incluso lejos de tus más secretos e íntimos pensamientos. Nadie encuentra a Dios

cuando la soberbia le oscurece el corazón. Aunque te parezca una paradoja, pero te digo que en todo esto es relevante la humillación. Obsérvalo. La humillación ocupa gran importancia delante de Dios; y aun de los hombres. Nadie se quiere humillar, pues nadie entiende qué pueda significar la humillación para un ser humano. La humillación es altamente subestimada y despreciada entre los hombres.

¿Hallaremos gente humilde en medio de un mundo atiborrado de soberbia? No obstante, observa lo que nos recomienda la Palabra de Dios. *«Mejor es humillar el espíritu con los humildes que repartir despojos con los soberbios*» (Pr. 16:19). ¿Dónde podremos encontrar esos humildes? ¿A quién le podrá agradar la compañía de los soberbios sino a los soberbios mismos? Y pensar que todos los soberbios están destinados al abatimiento; pensar que llegará la hora en que todos sus castillos fuertes serán destruidos. Ese es el destino de los que andan tras los despojos y el acaparamiento de lo perecedero; en cambio, los que se humillan obtendrán gracia de Dios. No en vano también la Palabra declara: «*La soberbia del hombre le abate; pero al humilde de espíritu sustenta la honra*» (Pr. 29:23). ¿Por qué sucede esto? Porque el soberbio no admite corrección; en cambio el siervo humilde es dócil y admite ser preparado para cumplir con responsabilidad sus deberes en la vida.

¿Qué podemos esperar en la esfera de los hijos de Dios? «*Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados*» (Is. 57:15).

La legítima relación de los redimidos con el Señor no puede ser fuera de la humildad. Dios aborrece la soberbia. Dios habita en las alturas y la santidad; y el medio

para alcanzar esa altura no es otro que la humillación de su pueblo; la soberbia nos separa de Dios, pues el soberbio es presa de la egolatría. Entiendo que en estos momentos, el Señor está requiriendo y levantando siervas y siervos, no sólo en nuestro país sino en todo el mundo, a fin de que clamen al cielo por una humillación en medio del pueblo de Dios, donde el Espíritu Santo pueda intervenir entre los hijos de Dios, con el propósito de que haya un arrepentimiento genuino de nuestros pecados, y una profunda búsqueda de Dios y de su Hijo Jesucristo, es urgente que el pueblo de Dios se humille delante del Señor.

Es indispensable que la iglesia conozca quién es Jesucristo, y reconozca que Dios busca un verdadero cambio en nuestro modo de pensar y de vivir; Dios quiere renovar nuestra mentalidad, hasta el punto de que lleguemos a pensar como Cristo piensa; y veamos las cosas como Él las está viendo y sopesando. Que en cada asunto tengamos discernimiento para ver más allá de lo que ven las demás personas; aun de la sociedad y de nuestra nación.

Cuando tú buscas el rostro del Señor en humillación y arrepentimiento, como consecuencia, en lo íntimo de tu ser comienzas a experimentar un avivamiento espiritual. Las llamas del Espíritu de Dios empiezan a encenderse dentro de ti. Humillarse y arrepentirse, en primer lugar es admitir y aceptar que somos culpables de nuestra propia maldad; y en segundo lugar es experimentar un cambio de modo de pensar respecto de nuestro perverso proceder. Es en ese momento cuando la vida de Dios se vuelve efectiva en nosotros. No obstante, es necesario que nos preguntemos, ¿qué es un avivamiento espiritual? Pongamos una ilustración un poco prosaica. Imagínate la estufa en la cocina de tu casa. Para que el alimento llegue a estar en su punto de cocción, hay que avivarle el fuego; y para ello es indispensable proporcionarle más combusti-

ble. Hay un fuego del Espíritu de Dios en nosotros, que puede estar ahí pero con muy escasa intensidad; tan imperceptible que no logramos notarlo; es decir, no permitimos que se manifieste en nuestras vidas, en nuestro caminar por el mundo; tanto, que a lo mejor no logramos diferenciar entre lo que es de Dios y lo que es del mundo. Por ejemplo, en el corazón de Timoteo había una fe no fingida que era necesario que este hermano la avivara. Por eso le dice el apóstol Pablo a Timoteo: «*Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti*» (2 Ti. 1:6).

Entonces, no desmayemos; pidámosle al Señor un gran avivamiento que abarque todos los estamentos de la iglesia. Pero ese avivamiento debe comenzar por cada uno de nosotros. Que el Señor nos dé un espíritu de arrepentimiento, de humillación, de renovación de nuestro entendimiento; que vaya contagiando a toda la iglesia, comenzando por nosotros, por la congregación donde nos reunimos. Que involucre a hermanos de todas las congregaciones donde se adore al Señor Jesucristo; que se suscite un gran clamor sin cesar, noche y día.

La santidad es transcendental incluso en el destino de las naciones. Tenemos el espejo en la nación de Israel. Israel era esclavo en Egipto: pero Dios escuchó el clamor de un remanente que aprendió a humillarse, y en consecuencia obró con poder para liberarlos. Aun estaba fresco el tiempo en que Dios los había liberado de la esclavitud egipcia, cuando les empezó a mostrar fehacientemente su gran poder y gloria; obrando frente a sus ojos grandes prodigios, hasta el punto de separar las aguas del mar a fin de que ellos caminaran en seco por en medio y se salvaran del peligro que se cernía sobre ellos. Entonces, después que, bajo el liderazgo de Josué, les fue distribuida la tierra de Canaán a los hijos de Israel, se esperaba que los hebreos se interesasen por serle fieles a Dios; que tuviesen a Jehová por su Dios y Rey, y que buscasen

obedecerle en todo, incluso por su propio bienestar. Pero no fue así; se olvidaban de que Dios existía, y se iban tras los dioses de los cananeos, y otras perversas desviaciones. Todos debemos saber que apartarse de Dios trae consecuencias desastrosas.

Bueno, a raíz de toda esa apostasía, ¿qué sucedía en Israel? Que sobrevenía el caos al país, pues sus enemigos invadían su territorio; se apoderaban de sus ganados, de sus cosechas agrícolas; a veces sus invasores devastaban ciudades enteras; los mataban o los esclavizaban, violaban a sus mujeres, etc. Entonces, frente a todas esas calamidades, se levantaban voces que clamaban a Dios con desesperación. Ante ese clamor, Dios contestaba escogiendo personas que se pusieran al frente para liberarlos de sus enemigos. Eran los llamados jueces, como Gedeón, Sansón y otros. Pero pasada la calamidad, muy pronto el pueblo volvía a olvidarse de Dios; volvían a consultar a los hechiceros y adivinos; y, claro, regresaban las desgracias y los amargos lamentos; y Dios, ante los nuevos clamores, movido por su misericordia, volvía a ayudarlos.

Pero, lo grave es que la gente no aprendía la lección. Olvidarse de Dios trae horribles consecuencias; es cuando se puede apreciar que el pecado erige un muro de división entre nosotros y Dios. Precisamente el libro de los Jueces termina diciendo: «*En estos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía*».

Pero ahí no paró la cosa. ¿Qué sucedió entonces? Se sabe que el último juez de Israel fue el profeta Samuel. En su tiempo, el pueblo se inclinó por pedirle con insistencia a Samuel que les diera un rey, tal como las demás naciones. Ellos no tuvieron en cuenta que eran la nación de Dios; de tal manera que preferían ser como las demás naciones. Querían tener un rey, como los demás en el mundo, como si la solución a sus problemas fuese un rey

que los defendiera y les librara de sus desgracias; y todo eso sin que tuvieran que arrepentirse y humillarse delante de Dios. Ese mismo fenómeno sigue ocurriendo hoy en día. Eso ocurre en muchas esferas de la iglesia; no se espera la solución de los problemas de parte de Dios, cuando en realidad haya una búsqueda de Dios en humillación y arrepentimiento; sino que ponen la mira en otras instancias, como líderes políticos, maestros del engaño, que son puestos precisamente para juicio, para obligar a la iglesia a que se arrepienta. ¡Oh, hermanos, abramos los ojos!

Entonces, ¿cuál fue la determinación de Dios? Dios, para darle una severa lección a su pueblo Israel, y ante la ruina moral de los dirigentes espirituales de su tiempo, le dijo a Samuel que atendiera la petición de los ancianos de Israel, que querían un rey, desechando a Dios; pero antes de eso, que les advirtiera que ese rey que ellos pedían les daría un trato muy duro, esclavizándolos e imponiéndoles pesadas cargas económicas y sociales, etc.; como lo puedes leer en el capítulo 8 del primero libro de Samuel. Pues bien, Samuel ungió como rey a Saúl; un muchacho de la tribu de Benjamín que estaba buscando unas burras que se le habían extraviado a su padre. Conforme su apariencia, Saúl podría satisfacer los requerimientos del ciego pueblo; alto, buen mozo; con una presencia atrayente. Nadie podía mirarle el corazón a Saúl; sólo Dios. Samuel lo ungió rey, pero su reinado, conforme lo apreciaba Dios, fue catastrófico; un verdadero desastre; y lo peor es que se cumplió todo lo que Dios les había advertido.

Los hijos de Dios debemos tener plena conciencia de que la solución de todas nuestras desgracias no está en manos de ningún hombre, por muy brillante que sea, ni por muy sofisticadas que sean sus ideologías políticas y filosóficas. La solución de todos nuestros enredos y desgracias está en manos de Dios y de su Cristo, y sólo

en Él. Tengamos claro que Dios es el único que pone reyes y quita reyes, según la necesidad espiritual de un pueblo que debe conocer que toda autoridad viene de Dios, para bien o para mal, conforme el punto de vista humano. Las elecciones sólo son un instrumento humano para elegir sus gobernantes en estos países occidentales; pero son muy manipuladas y comercializadas, por cierto. Por eso, llegó la hora de elevar nuestro clamor a Dios.

Volviendo a Israel; ya pasado el tiempo, durante el reinado de Salomón, este rey le construyó el templo a Dios en Jerusalén, conforme Dios lo había ordenado. Salomón, con grandes festejos, le dedica el templo a Dios, y Dios responde con poder a esas oraciones. El Señor no deja de estar satisfecho; pues a Dios le agrada que se le obedezca: pero por el contexto podemos entrever que Dios le advierte a Salomón que no se fueran a confiar en el sentido de que por tener ese templo, ya no serían tocados ni sitiados e invadidos por nadie, y que nada malo les acontecería en el futuro. Pero el pueblo es veleidoso y manejable; y esas advertencias se cumplieron en los tiempos del profeta Jeremías, en los cuales el pueblo empezó a adorar a los dioses babilónicos, a obrar con injusticia, a llenar su corazón de toda codicia, y a no escuchar las advertencias de Dios por medio de sus profetas. Como resultado arribó Nabucodonosor a la tierra de Judá, y destruyó la nación incluyendo al templo, mató a muchas personas, y al resto se los llevó esclavizados a Babilonia. Cuando se aparta de Dios, como consecuencia vuelve a ser esclavo, del pecado, de sí mismo, de los demás; y su vida se llena de ruina.

Es relevante estudiar ese contexto bíblico. ¿Qué le había dicho Dios a Salomón en ese momento de la dedicación del templo? Contextualizando digamos que le dijo: Mira, Salomón, si a Israel le sobrevinieren desgracias por causa de sus pecados y de su apostasía, ten en cuenta que sólo habrá un camino que los libre. ¿Cuál? No

es otro que la humillación y el arrepentimiento; buscar de nuevo a Dios.

«*Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra*» (2 Cr. 7:14).

Desde hace algún tiempo se viene diciendo que Occidente, y especialmente los Estados Unidos, van en decadencia; van perdiendo su liderazgo como potencia mundial. Eso es indiscutible; pero ese fenómeno se debe a una sola razón. Las culturas occidentales han venido dando un vuelco; su sociedad pos moderna se olvidó de Dios. En la historia, Dios trató con mucha deferencia a las naciones cuyo fundamento no fue otro que la Palabra de Dios. Pero las cosas han cambiado. Ha habido mucho afán por cambiar las constituciones nacionales hacia la apología del pecado. Por ejemplo, legalizando el aborto. Es absurdo que una mujer piense que tiene todo el derecho de asesinar cuando quiera a su propio hijo todavía en el vientre. Pero lo peor es que ahora las leyes amparan a ñla mujer que sacrifica a su propio e indefenso hijo. ¿Qué puede sobrevenir a una sociedad sumida en esas condiciones de perversidad?

Hermano, el mundo sólo puede ser impactado por el Espíritu Santo; y la iglesia es el cuerpo que tiene en este momento la responsabilidad de la manifestación del gran poder de Dios, para edificación o para destrucción. Contrario a lo que piensan muchas personas, la Palabra de Dios declara que la iglesia del Señor Jesucristo no pertenece a este mundo; que sólo tiene una misión en este mundo. Sin duda, hay una guerra declarada. Todo creyente verdadero es un soldado, y como tal está involucrado en una guerra; ningún hijo de Dios comprometido con el Padre, es un mero espectador.

UN SIERVO LLAMADO JESÚS

En el marco de la *kenosis* del Señor Jesús, el apóstol Pablo nos proporciona una de las más difíciles revelaciones bíblicas.

«*Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús,* 6*el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse,* 7*sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres;* 8*y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*» (Fil. 2:6-8).

Para la mente humana es difícil comprender el hecho de que Dios, por amor a los hombres llegare a tomar la determinación de humillarse. Eso hizo el Verbo de Dios, quien al encarnarse en el hombre Jesús de Nazaret, sin dejar de ser Dios, se hizo hombre; y siendo hombre, se humilló. Cristo se identificó totalmente con nosotros, y lo hizo asumiendo nuestra naturaleza humana, con todas sus consecuencias y limitaciones, menos en el pecado. De manera que, como humano, el Señor Jesús tuvo que aprender muchas cosas, y para lograrlo, sufrió; y así se fue perfeccionando (cf. He. 4:15; He. 5:8,9).

Es por eso que podemos afirmar que, como hombre, el Señor Jesús mostró a los hombres el verdadero camino del crecimiento espiritual. En su humanidad, el Señor tuvo que afrontar las mismas situaciones y debilidades que nos afligen a los humanos. Era necesario que Jesús escogiera el sendero de las glorias celestiales y elevados poderes. Pero, ¿qué sendero es ese? En primera instancia, entendamos que era necesario que el Señor prefiriera la humilde esfera de los hombres a fin de poder redimir a los elegidos. Eso significa que Jesús, como lo hizo, debía despojarse de su expresión de vida en las regiones celestes. Esto no lo pueden entender muchos cerebros brillantes en el campo de la religión.

Hermanos, el Señor Jesús, siendo Dios, se humilló de tal manera que tomó forma de siervo. Eso significa que la humillación de Jesús llegó al extremo de haberse convertido en un esclavo. En verdad, ¿qué caracteriza a un esclavo? Al esclavo no le es permitido ejercer su voluntad inherente; el esclavo carece de derechos; por otra parte, las leyes del Estado no lo protegen. Es considerado propiedad privada. Un esclavo vive sólo para ser un instrumento al servicio de otros. Un esclavo no tiene derecho al descanso, sino que debe estar siempre ocupado en las labores más duras y pesadas, atento a los requerimiento de sus amos.

¿Quién defendió al Señor cuando le juzgaban ante el Sanedrín? ¿Quién osó arrebatar al Señor de manos de Poncio Pilato? ¿Abrió su boca Él mismo para defenderse? ¿Acaso el Señor sacó a relucir y esgrimir sus derechos eternos como Dios soberano? ¿Qué logró el Señor al ser la víctima de esa muerte cruel e ignominiosa? ¡Qué locura!, dirán muchos. Por esa causa, el Señor, el Dios de la gloria, nos dice: «*Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas*» (Mt. 11:29).

El Señor Jesús nos invita a que aprendamos de Él como la persona más humilde que ha pisado esta tierra. El Señor Jesús declara que Él es humilde. En las páginas del Evangelio observamos que Jesús no asumió una posición de autoridad y grandeza, tal como algunos líderes judíos; ni procuró ningún privilegio personal ante el gobierno de su país. Él vivió en perfecto sometimiento a la voluntad del Padre. El Señor nos insta a que nos sometamos por completo a Dios; cuanto más nos sometamos a la voluntad de Dios, más libres somos. ¿Quién es humilde en este mundo? ¿Quién podrá serlo? La persona humilde se distingue por el hecho de que está consciente de sus propias limitaciones y debilidades; y, claro, obra conforme a ese conocimiento de sí mismo. El humilde

sabe que necesita de los demás. Dice el apóstol Pablo:

«*Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo;* 4*no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros*» (Fil. 2:3,4).

Hablando en términos generales, sólo la persona humilde tiene la capacidad de reconocer su necesidad espiritual; es decir, que necesita de salvación y santificación. Muchas veces observamos culturas donde las personas están convencidas de que la salvación, e incluso la santificación se encuentra en medio de esa carga de ritos, de amuletos, compromisos y ceremonias religiosas. Pero ignoran que las leyes ceremoniales y rituales constituyen de por sí un pesado yugo que enceguece. En los días del ministerio terrenal de Cristo, el pueblo jadeaba soportando una carga muy pesada; no sólo la carga financiera, sino sobre todo la religiosa. Eso incluye no sólo las formas idolátricas del paganismo y las estructuras pseudo cristianas, sino también el legalismo ceremonioso de los judíos. Pero en medio de todo ese mundo religioso, la fe tiene la virtud de levantar todas las cargas conocidas e impuestas por los hombres y por los demonios. Cuanto más conocemos a Dios y al Señor Jesucristo, más libres somos del yugo de la ley y de los estrictos reglamentos de la religión.

Frente al asunto de la salvación y de la perdición eterna, se nos ha revelado que existen dos caminos; uno es amplio y el otro es angosto. El amplio es el camino de la religión, del cumplimiento de preceptos externos; el angosto es el camino verdadero; es el camino de Cristo, el camino de la cruz, el camino del arrepentimiento, el camino de la santidad. ¿Quién querrá entrar por la puerta estrecha y transitar por el camino angosto? Pero para seguir a Cristo no hay otra alternativa.

«*Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella;* 14*porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan*» (Mt. 7:13,14).

Apéndice II

CÓMO INTRODUCIR LA CRUZ EN TU VIDA Y NEGAR TU EGO

En nuestro opúsculo relacionado con la transcendencia del alma humana después de dejar este mundo, consideramos que debemos incluir un corto boceto en torno de la negación de nuestro propio yo, y la necesidad de tomar cada día nuestra propia cruz. ¿Sabías eso?

Me gusta buscar la verdad en la Biblia. Eso lo considero indispensable y fundamental. Cuanto más tú te aferres a conocer la verdad bíblica y a difundirla, y te vayas alejando de las fábulas y libretos religiosos, de seguro que serás más impopular, y tus mensajes jamás podrán llegar a ser tan virales; y si te atreves a divulgar la verdad bíblica en cualquier organización religiosa estructuralizada, te estás arriesgando a que te despidan de esos recintos y comodidades.

TOMANDO NUESTRA PROPIA CRUZ

Una de esas verdades bíblicas es que todo cristiano que desee prosperar en su vida espiritual, debe tomar su propia cruz cada día. Claro, desde la perspectiva secular, del mundo, la sola idea de que un cristiano tome su propia cruz y niegue su propio yo, de entrada ya es sencillamente un contrasentido y despropósito. Nadie lo acepta. Eso es considerado una locura. Pero lo curioso es que la cruz personal –no la de Cristo– es considerada un contrasentido aun por muchos de los que tienen la responsabilidad de predicar el evangelio de Jesucristo;

incluyendo algunos que han sido considerados verdaderas instituciones en la iglesia, o por lo menos en la cristiandad. A menudo la religión de tipo institucional te suele impedir comprender la necesidad que tienes de tomar tu propia cruz; de abandonar la vida regalada de tu propio yo. Sin duda, arrastramos con nosotros un hombre viejo al que es necesario crucificar. El Señor no sólo nos ha redimido y nos ha regalado la salvación; una vez alcanzado ese objetivo, estamos en la obligación de vivir conforme principios de estricta santidad.

«*Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame*» (Lc. 9:23).

Por otro lado, es innegable que hay creyentes que viven en una lamentable confusión; y esto por falta de conocimiento, por no decir que de revelación. Por ejemplo: Que si tengo que cumplir la ley; que si no tengo que cumplir la ley: que si debo consagrar un día de la semana, y otros asuntos. Y se dejan atemorizar con ese cuento. La palabra de Dios revela que si te encadenas a cumplir la ley, caes de la gracia, pues nadie puede cumplir la ley. Así de sencillo. Entonces no te serviría ni la gracia ni la ley. Para eso el Señor envió a su Espíritu, para que se forme Cristo en nosotros, y Él cumpla la ley en nosotros y con nosotros.

El Señor Jesucristo fue a la cruz para hacernos libres del yugo de la ley; pero, escuchen bien, ahora el Señor nos impone la urgencia de la cruz. Que tomemos cada día nuestra propia cruz. ¿Cómo es eso? ¿Que nosotros debemos tomar nuestra propia cruz? Sí. La cruz es sinónimo de sometimiento al Señor que mora en nosotros, de entrega total; la cruz produce la dedicación total de nuestra vida al Señor, y esta dedicación la produce a través del Espíritu Santo.

Saulo de Tarso, antes de conocer a Cristo, se conside-

raba irreprensible; es decir, él pensaba que no pecaba. En ese tiempo él estaba convencido de que era un perfecto cumplidor de la ley; pero cuando conoció al Señor Jesucristo, y su propia cruz le ayudó a vaciarse de su propio yo, llegó a declarar: «*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*» (Gá. 2.20).

En el tiempo en vivimos, Dios está buscando, no sólo a un Saulo de Tarso, sino a muchos hombres y mujeres que voluntariamente quieran servirle a Él; pero para servir al Señor en un contexto espiritual y verdadero, es necesario que esos hombres y mujeres estén dispuestos a prepararse, a dejarse moldear y transformar profundamente; que estén dispuestos a despojarse de sí mismos; que estén dispuestos a someterse a Dios incondicionalmente. Esa preparación no es solamente para que prediquemos el evangelio en esta tierra; sino que es una preparación que transciende los linderos de la muerte, pues nuestro servicio a Dios no se circunscribe solamente a la esfera de nuestra vida en esta tierra.

LA CRUZ EN EL DISCIPULADO

El Señor busca personas que estén dispuestas a renunciar a los requerimientos de la vieja naturaleza y a las atracciones pecaminosas de este mundo. En estos últimos tiempos, el Señor está tocando las puertas de las vidas de hijos de Dios que estén dispuestos a negarse a sí mismo, y tomar su propia cruz. Pero, ¿de qué tengo yo que negarme? Dios mismo se encarga de decírtelo si estás dispuesto a escuchar la voz de su Espíritu. Dios te conoce mejor que tú mismo. Entonces, Dios está buscando esa clase de personas que quieran ser vencedoras, que prefieran morar desde ya en las esferas de la luz del

reino de los cielos. Que quieran sujetarte a Dios conforme la Palabra y el Espíritu. Sí, todo eso es posible con la ayuda del Señor.

Pero, ¿por qué necesariamente la cruz? Porque no hay otro instrumento tan efectivo para poner fuera de combate al yo, a la vieja naturaleza, a nuestra antigua cultura. En la historia, la cruz era el instrumento que los romanos empleaban para ejecutar a los peores criminales; eso ofrecía un espectáculo público involucrado en un sufrimiento horrible y vergonzoso para el reo de la cruz. ¿Acaso éramos nosotros reos de muerte?

En tiempos del imperio romano, cuando el mundo era regido por nerones y trajanos, el condenado a la muerte de cruz tenía que cargar su propio objeto de destrucción hasta el lugar mismo de la ejecución. Una vez con su cruz a cuestas, ya no tenía ningún derecho ni posibilidad para defenderse; el reo no poseía nada de lo que antes podía ufanarse; ya no contaba con abogado alguno que lo defendiese; avanzaba sin retroceso ni respiro, sin recursos propios, en medio del escarnio público, sin nadie que le alcanzara una vasija con agua; así iba camino a la muerte misma. Caminaba completamente subyugado y sometido a la voluntad y del azote de sus verdugos.

El Señor Jesucristo nos dice que para seguirle a Él es necesario que carguemos nuestra propia cruz; es decir, que un auténtico seguidor de Cristo debe llevar consigo su propio medio de destrucción, la destrucción total de su vieja y asquerosa naturaleza; no importa que la gente se burle de uno. Pero, ¿qué puede ir destruyendo esa cruz en un hijo de Dios? Hermano, la cruz va destruyendo todo un mundo que se opone a Dios dentro de ti. Va destruyendo toda una historia de vida depravada. La cruz va destruyendo en ti multitud de aspectos egoístas, codiciosos y carnales heredados de la naturaleza adámica. Claro, eso es un proceso integral que debe ir en desarro-

llo, pero sin darle tregua ni descanso. Se supone, pues, que ese camino que debes recorrer cargando esa cruz, es largo.

Hermano, cuando Cristo te salvó, tu vieja naturaleza estaba ahí completita, como el día anterior, dispuesta y deseosa de pecar; el pecado está ahí mismo, a las puertas, como dice en Génesis. Pero si tomas tu propia cruz, ella se encarga de quebrantar tu yo, y le abre camino al Espíritu Santo para que te santifique.

Contrario a lo que piensan muchos, el legítimo discipulado cristiano es demasiado difícil, y causa enormes sufrimientos. Cuando un discípulo de Cristo toma su propia cruz, ya no hay marcha atrás, ya no hay forma de escapar; exactamente como un reo en manos de los romanos. Un discípulo de Cristo que lleva su propia cruz, aunque quiera disimularlo, no puede ocultar su lealtad al Señor. Todo el mundo se entera de que es un discípulo del Señor.

«*Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame*» (Mt. 16.24).

El centro de toda persona humana es su propio yo, su personalidad intrínseca; lo que en latín es llamado «*ego*». ¿Qué es el «ego»? El *ego* es lo que controla la motilidad en las personas. Todo lo que piensa; todo lo que hace. Nosotros estamos rodeados por un mundo exterior; entonces tu *ego* es el mediador, es el enlace entre tus instintos, tus deseos, tus ideales, tus planes, y la realidad del mundo exterior.

Tú mismo puedes constatar que esa realidad del mundo exterior posee un enorme y sofisticado poder de atracción para incentivar en tu *ego* esos instintos e ideales latentes. Entonces en tu *ego* está el *starter* que te inicia, que te incentiva para tomar esas decisiones.

Por cierto, del latín *ego* se derivan las palabras *egoísmo*, egocentrismo y egolatría.

Egoísmo es el inmoderado y excesivo amor a sí mismo, que hace que procuremos atender desmedidamente nuestro propio interés, sin que nos cuidemos de las necesidades de los demás.

Egocentrismo es la exagerada exaltación de la propia personalidad, hasta considerarla como centro de la atención y actividad generales. El egocentrismo es una fuerza que alimenta la soberbia y destruye todo vestigio de humildad.

Egolatría es el culto, adoración y amor excesivo de sí mismo. Es una fuerte modalidad de idolatría.

Todo eso es algo que llevamos, que yace intrínseco en nuestra misma naturaleza humana; esa misma naturaleza íntimamente relacionada y entrelazada con este mundo lejos de Dios, que se opone a Dios, donde está entronizado el pecado.

Entonces, entrar en la esfera del discipulado y seguir a Cristo requiere un compromiso total, integral, de gente valiente y decidida. El Señor no acepta medias tintas. O seguimos siendo fríos u optamos por ser calientes y fervorosos. La condición central es negar nuestro propio yo. Nuestro *yo* es la misma antigua naturaleza humana que heredamos de nuestros padres, a través de las generaciones. Si tú estás buscando servirle mejor al Señor, si anhelas un despertar espiritual en tu vida, en lo más íntimo de tu corazón, entonces es contigo que el Señor quiere comunicarse. A otro no le interesa este mensaje. Este mensaje es aburridor, latoso y fastidioso para muchas personas.

Sí, es verdad. Los que hemos sido redimidos por la obra de Cristo en la cruz, hemos sido salvados y seguramente estamos siendo santificados. Sí, ahora somos santos, pero aun cuando seamos santos, continuamos

siendo pecadores; eso es inexorable. No se nos olvide.

«*Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros*» (1 Jn. 1.8).

Este texto nos dice que tenemos pecado. Pero el asunto es que a esos pecados no podemos disfrazarlos con apariencias saturadas de liviandad, y adornarlos con diferentes nombres con el fin de despojarnos de toda culpabilidad. Al pecado hay que llamarlo por su verdadero nombre. Ahora al pecado se le llama complejo de culpa; frustraciones generacionales, en fin. No. Somos culpables porque somos pecadores; como tampoco obramos mal porque hayamos sido víctimas de algún trauma. Esa figura no aparece en la Biblia. Sencillamente nosotros somos pecadores. Debemos reconocer que somos pecadores; y a esos pecados debemos llamarlos como lo que en realidad son, por sus verdaderos nombres, para poder confesarlos y apartarnos de ellos para siempre.

«*Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros*» (1 Jn. 1.9,10).

Entonces, cada pecado debe ser identificado con su propio nombre por el creyente, a fin de poderlo confesar a Dios; debemos asumir esa responsabilidad, y apartarnos y liberarnos por el poder de Dios de esa fuerza maligna que esclaviza a los hombres. Por otro lado, podemos tener la convicción de que somos unos dechados de virtudes, pero el Espíritu mismo nos puede mostrar que en el mejor de los casos somos unos envidiosos, unos empedernidos enaltecidos, avaros a morir, chismosos, murmuradores, resentidos; que posiblemente podemos pensar que no somos apreciados por los que nos rodean. Por lo regular, las personas no juzgan

nuestro cerebro, sino nuestra apariencia; pero lo peor es que hasta nosotros mismos podemos caer en la trampa de creernos esa falsa versión.

También resultamos siendo malgeniados, intemperantes, echándole siempre la culpa a los demás de nuestras propias transgresiones, estupideces y fracasos. Entonces, cuando tú confiesas tus pecados y los repudias, ahí empieza tu cruz a introducirse en tu ser. Es mejor que estemos convencidos de que debemos enfrentarnos a una guerra; que continuamente debes enfrentarte a una lucha espiritual a fin de vencer sobre ti mismo y negar tu propio yo. La gran lucha se libra en tu interior, más que por fuera.

LOS POBRES EN ESPÍRITU

Por ejemplo, debes luchar contra tu propia codicia. Cuando esa lucha comienza en tu vida, te vas convenciendo de que, como hijo de Dios, no debes declararte dueño de cosa alguna en esta tierra, ni tangible ni intangible. Es decir, aunque el Señor te haya permitido poseer muchas cosas, debes tener la íntima convicción de que nada es tuyo. Así literalmente. No te adueñes de nada. Eso no tiene sentido en el reino de Dios. Por tu bien te lo digo, busca liberarte del sentido de pertenencia. Cuando logras estar convencido de que nada te pertenece, una verdadera convicción de libertad se apoderará de tu vida. Me gusta mucho la siguiente declaración del Señor.

«*Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*» (Mt. 5.3).

¿Qué significa la anterior revelación del Señor? Mírate a ti mismo. En este momento de tu historia, tú puedes poseer muchas cosas; carros, casas, negocios, fincas, profesión, distinguida posición social; qué sé yo; pero el Señor te dice que debes tener conciencia y convicción de que nada de eso es tuyo- entonces, lo mejor que puedes

hacer es desprender de todo eso de tu yo. Si no lo haces, eso te amarra, te ata y te enreda; con lo tuyo no le puedes servir al Señor. Los esclavos no tenemos nada. Nuestro gran tesoro es el Señor Jesús. Si tú no puedes desprenderte de la propiedad de tus posesiones, y considerar que pertenecen al Señor, entonces esas posesiones ocupan un lugar preferencial en tu corazón, lugar que sólo pertenece a Dios. Por esa causa el Señor Jesús le dijo a alguien que se creía irreprensible:

«*Vende todo lo que tienes y dalo a los pobres; y ven y sígueme*». «*Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo*».

Con esto no le estamos haciendo la apología a la pobreza de bienes materiales; sino que expongo el deseo del Señor de que haya pobreza en tu corazón, aunque seas un acaudalado. Nada es tuyo, ni te lo llevarás a la sepultura. Abundan las personas cuyo dios son las riquezas materiales.

Otro aspecto es el *rencor*. Todo esto nos puede parecer muy difícil; pero traemos en la esencia misma de nuestro ser todos estos aspectos tan contrarios al reino de los cielos como aquello de querer vengarnos por nosotros mismos.

«*No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor*» (Ro. 12.19).

Querer defendernos por nuestras propias fuerzas es algo innato en el ser humano. Tú, como hijo de Dios, no tienes que enfrentarte a nadie con el fin de defenderte. Dios lo hará por ti; y lo hará mejor que tú. Todo el que se meta contigo, está ofendiendo a Dios. ¿Qué le dijo el Señor Jesús a Saulo de Tarso en el camino de Damasco? *«Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*»

Nuestro yo es soberbio. Ser humilde es imposible para

la naturaleza humana. Lo digo porque la soberbia es hermana de la venganza. Nadie puede concebir que el perdón es más grande y satisfactorio que la venganza. Puede ser que todavía tú tengas impulsos por defenderte; pero si haces un esfuerzo y permites que sea el Señor quien te defienda, quien de ahí saldrá ganancioso serás tú. Cuando un hijo de Dios se hace a un lado y no se defiende, Dios lo apoya para que dé un buen testimonio. Cuando en las calles de Jerusalén, un condenado a muerte iba cargando su propia cruz camino del Calvario, ya no podía defenderse de nada ni de nadie. Todo eso lo veremos mejor cuando nos decidamos a tomar nuestra propia cruz. Cuando te decidas, con la ayuda del Señor, a tomar tu propia cruz, y vayas experimentando su acción demoledora en tu propio yo, es indudable que empezarás a ver y vivir lo que hoy no estás contemplando hacer.

Por ejemplo, verás que es bochornoso y te dará vergüenza involucrarte en enredos, murmuraciones y juicios que perjudiquen a otras personas, sobre todo que destruyan o hieran la reputación de los hijos de Dios. Dice el Señor:

«*Con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido*» (Mt. 7:2).

Si eres un hijo de Dios, y le quieres servir al Señor, no escojas la senda amplia. La cruz nos indica que el camino estrecho que nos traza el Señor, no es fácil. Es el mismo camino que nos conduce a nuestro propio monte Calvario. Un cristiano vencedor, un hijo de Dios crucificado con Cristo, tampoco acepta la gloria de los hombres, ni procura la aprobación y los aplausos de nadie. Más bien los rehúsa. La gloria de los hombres corrompe las conciencias. La gloria, el honor y los aplausos pertenecen solamente a Dios, y Dios no lo comparte con nadie.

Hay personas que andan por el mundo promoviéndose

y haciéndole publicidad a sus “ministerios”. Los ministerios recibidos de Dios no necesitan de publicidad; más bien nos acarrean sufrimientos. Y es posible que algunas de esas personas quieran servir al Señor sinceramente; pero al mismo tiempo se engañan anhelando lograr algún grado de reputación entre los cristianos. Cuando el Señor Jesús le hacía algún bien a alguien, una sanidad, por ejemplo, Él solía recomendar que no se lo dijeran a nadie; que no divulgaran aquel hecho.

Entonces, vemos que la cruz, nuestra propia cruz, tiene la virtud de librarnos del egoísmo, del egocentrismo y de la egolatría; nuestra propia cruz tiene el poder de destruir dentro de nosotros cualquier grado de vanagloria; nuestra propia cruz puede deshacer en nosotros todo ese afán de auto-proyectarnos, de darnos a conocer y de buscar que los demás nos ovacionen. Nuestra propia cruz va demoliendo en nosotros esos brutales brotes de codicia, de perversidad; la lista que sigue es interminable.

¿Tienes miedo a tomar tu propia cruz? Es bueno rogarle al Señor que nos llene de coraje y valentía, para vivir en esta tierra con decoro y santidad. Hermano, la decisión está en tus manos. El Señor está tocando a tu puerta. No es tiempo de andar con vacilaciones. Una vida cristiana superficial, cumpliendo apenas con los libretos de tu religión, impide que conozcas el verdadero estado de tu corazón frente al Señor.

«*Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno*» (Sal. 139.23, 24).